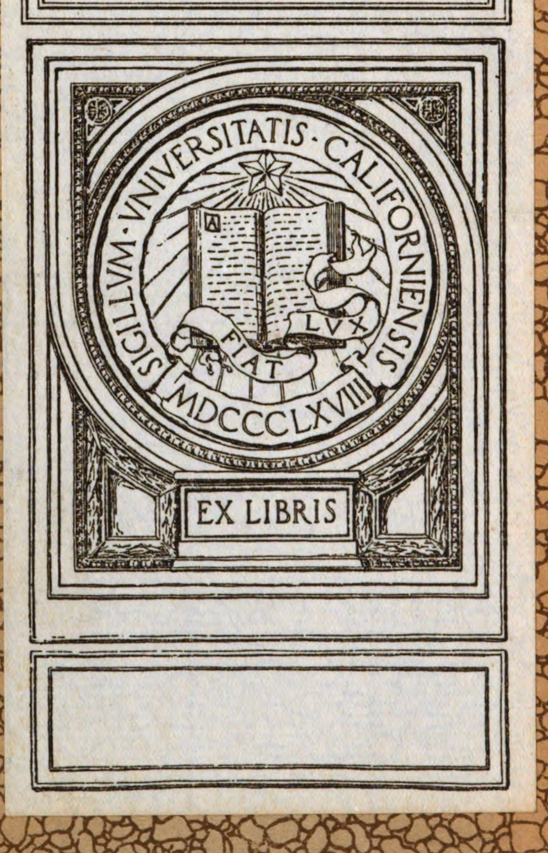
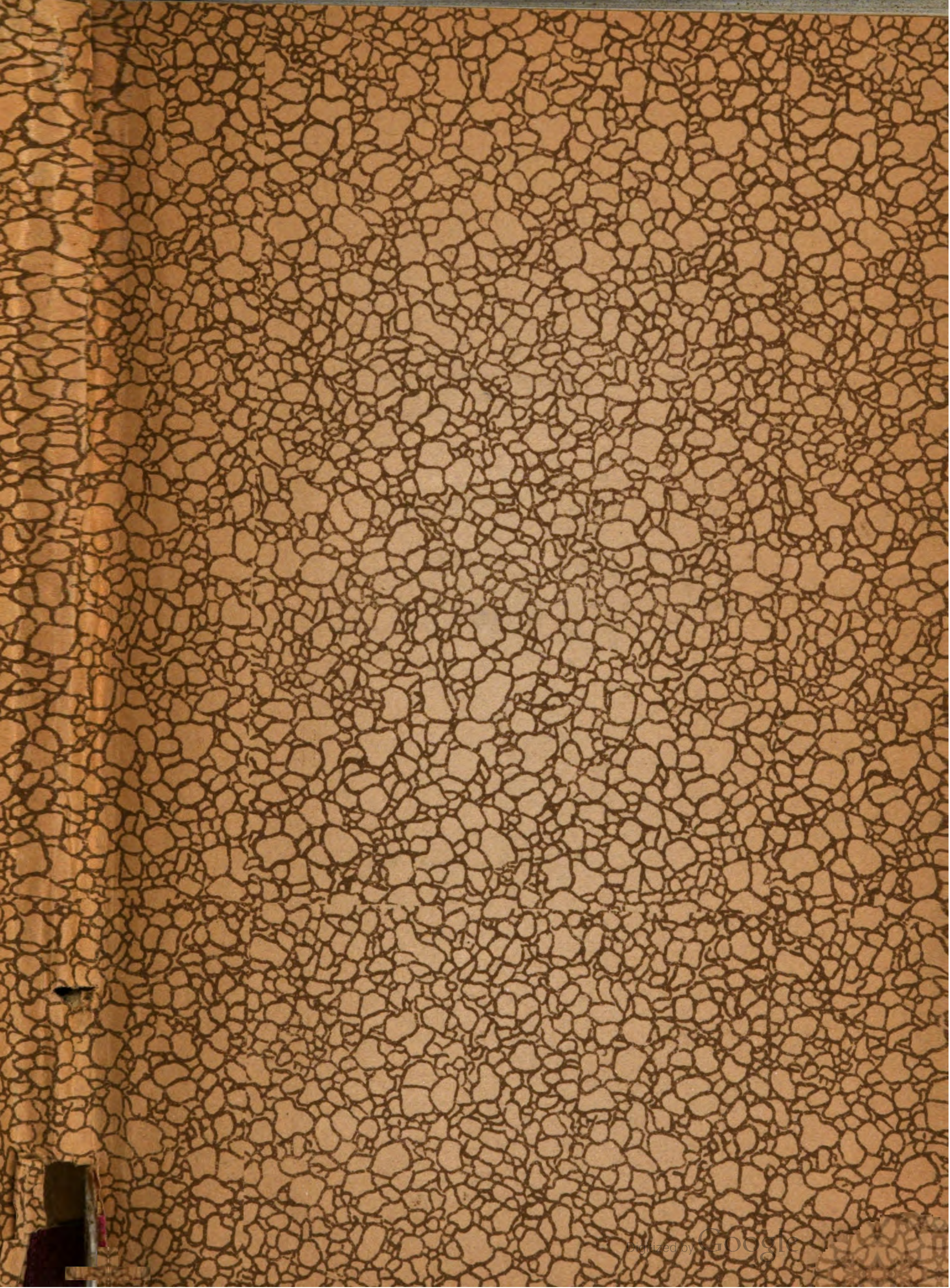
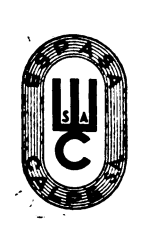


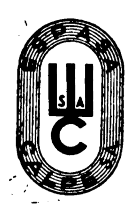

GIFT OF
J.C.CEBRIAN
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



BOBES



BOBES


ESPASA
S A
C
CALPE



VIDAS ESPAÑOLAS E HISPANOAMERICANAS DEL SIGLO XIX

42

BOBES

O

EL LEÓN DE LOS LLANOS

POR

LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO



ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1934



TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

INDICE

Páginas

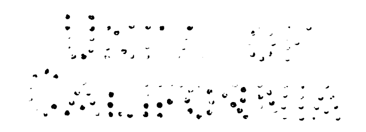
Páginas

DEDICATORIA

Al señor don Pedro Mourlan Michelena

Sin el estímulo de usted, tan español, tan caballero, tan pulcro de estilo como de conciencia, este libro no se habría publicado nunca. Vaya, pues, su nombre al frente de estas páginas escritas con el pensamiento puesto en la verdad y en la justicia que se debe a la Historia.

EL AUTOR



LA RAZÓN DE ESTE LIBRO

El general almirante, tan olvidado —por no decir desconocido— de la generación presente, decía que la Historia, como la contabilidad, había de llevarse por partida doble.

Y tenía razón el ilustre ingeniero y académico: la Historia, al fin, es un balance o ajuste de cuentas en que, al apuntarse el *Debe* de los personajes y de los sucesos que la formaron, no puede, en buena justicia, omitirse el *Haber*.

En las historias generales, pero con más frecuencia en las monografías que constituyen la masa histórica de nuestras guerras coloniales, se ha prescindido de la partida doble. Un constante empeño en amontonar sobre España el aluvión de injurias con que se man-

chan y emborronan rasgos de maravillosa grandeza, hace que el *Debe* español aparezca en cifras astronómicas, mientras el *Haber*, o no existe, o hay que descubrirlo por deducción y con microscopio.

Nadie ha osado todavía tantear siquiera el boceto del gran cuadro históricomilitar de la separación de América, tomándolo en conjunto: tal vez fueran necesarios los pinceles empleados en la Capilla Sixtina. La abundante bibliografía existente son trozos sueltos del inmenso mosaico que, probablemente, no encontrará, en los tiempos que corren y en los venideros, ningún Tácito que los una y engarce a la luz tranquila de crítica serena, más ilustrada y, por lo tanto, más imparcial y tolerante que la que ha presidido la labor de los pasados historiógrafos.

Estos, más panegiristas que historiadores, ebrios de patriotismo, han trazado para la posteridad las figuras sobresalientes de la época de Secesión. El verdadero historiador, si encuentra cruel a Felipe II viendo quemar al doctor Cazalla, aun más repugnante debe encontrar a Calvino enviando a la hoguera a

Miguel Servet. Pero el punto de vista equidistante de los adversarios que luchaban en América está vacío en todos los libros que del asunto tratan: a cintarazos y cuchilladas parecen escritos los tales libros; para los amigos, las atenuaciones y las lisonjas; para los enemigos, la exageración y, a veces, la calumnia.

Con muchísimo amor a las cosas de América y un poco de ilusión por aclarar tintas sombrías, la propia afición, más que la esperanza de acierto, cristalizó en la idea de que era conveniente y justo y atractivo enmendar los trazos deformes del retrato del célebre Josef Tomás Bobes, español de los forjados a macha martillo, ejemplar estupendo de la raza; y el autor presente, a la inversa de fray Gerundio, que dejó los libros para meterse a predicador, los buscó, halló papeles, los disfrutó golosamente, los exprimió, y cuando ha creído tener bastante jugo en la pobre vasija de sus pinceles y suficientes colores acopiados en la mezquina paleta, se dispone a pintar el boceto, sin arte, claro está, pero con todo el parecido posible.

Además, acopiando profusamente materiales, se preguntó a sí mismo si habría de exhibirlos todos, en alabanza de su hallazgo, como en esos libros sesudos donde las apostillas de letras menuditas invaden las páginas, y las citas de autores se suceden, y el texto se parece a una columna en marcha precedida por una fuerte vanguardia de *Obras consultadas* y seguida de nutrido escuadrón de *documentos justificativos.*

Prescindir de tales requisitos de logística narrativa era imposible, porque no se puede aspirar a que le crean bajo la fe de su palabra: firme en su propósito de *descubrir* a un hombre desconocido, sin andarse en figurines, modas y zarandajas, y de alzarle sobre un sencillo pedestal, sólido y rudo como era la figura del héroe, el autor no ha querido exponer más que la compulsa estricta de los datos precisos, embebidos en la columna, que por no ser destinada a guerra alguna puede marchar sin vanguardia ni flanqueos. La imaginación y el puntillo patriótico —tan exacerbados en los militares viejos— quedaron suprimidos, como la impedimenta en las marchas a la ligera,

sin que hayan puesto un rayito de su luz y su calor. Así ha salido el libro, suavemente, fácilmente, al modo de aquel personaje de Molière, que escribía en prosa sin saberlo.

Pero también —¿por qué no confesarlo?— piensa el autor que si se llegaran a justificar, en las guerras de la separación de América, los actos más reprobables de unos y otros contendientes, iríase acentuando la mutua estimación entre los españoles de allende y aquende el mar; ¡eran tan semejantes! No podían desmentir la raza.

Por algo un aforismo castellano dice: "Bien haya quien a los suyos se parece".

I

EL PANORAMA

Si fuese posible aplicar a un hombre, tan hombre como Bobes, una fábula similar a la del nacimiento de Venus, diríase que había surgido, no de la espuma del mar, aunque era la marina su primitiva profesión, pero sí de un inmenso lago de sangre española.

Cuando Bobes comienza a adquirir relieve militar, las provincias de Venezuela están perdidas para España, habiendo pasado por tres convulsiones horribles: primero un levantamiento formidable engendrado en el cerebro portentoso del joven don Simón Bolívar, y llevando a su frente a un general napoleónico, que aunque no tenía del famoso corso más que el plumero tricolor, daba prestancia a los

ejércitos y entusiasmo al paisanaje enardecido. Luego, una reconquista fulminante realizada más por la reacción de los espíritus que por las dotes opacas de un marino en tierra, caudillo de ocasión a quien entregan prisionero al general napoleónico los mismos que le habían traído de Londres, confiados en talentos militares que no poseyó nunca; y después, un tercer ciclo de guerra sin cuartel en la que los primeros destellos de la espada de Bolívar semejan relámpagos deslumbradores. Hasta la Naturaleza, como si no quisiera permanecer impasible ante el furor de los hombres, ha sacudido el suelo con el más violento terremoto que registra la historia sísmica del continente americano: casas que se bambolean y caen a pedazos, templos que se derrumban, y aplastan muchedumbres confiadas en la resistencia de las piedras seculares, y allí reunidas para pedir misericordia a Dios; ríos que saltan de su cauce y convierten los campos en mares de lodo pestilente; por todas partes ruinas, muerte, desolación, y dominando los lamentos y las plegarias, la voz del fanatismo, que proclama el fenómeno como

castigo del cielo al horrendo delito de haberse alzado contra *el paternal y bien amado* Fernando VII, que gime preso en Valencey.

Pero la Naturaleza, aun en momentos de furia, no llega a parecerse a los hombres cuando los mueve el odio; Miranda, el general napoleónico cuya estrella tuvo fugaces resplandores para apagarse definitivamente en la lobreguez de un calabozo, y Monteverde, el marino en tierra, que vió sus triunfos trocados en rápidas derrotas, ambos testigos presenciales del terremoto, no pudieron imaginarse que el corazón y la cabeza de un jovencillo todo nervio y voluntad sobrepujase en fuerza y en horrores al temblor epiléptico de la corteza terrestre. Toda la tierra de Venezuela se inundó con la luz de su gloria militar, y también con la sangre derramada a torrentes y raudales por su decreto de guerra a muerte: recorriéndolas victorioso, como un huracán asolador, las provincias de Venezuela, de confín a confín, arrasadas ya por dos campañas, hallábanse sumidas en un estupor de agonía: ni vida segura, ni hogar respetado; el terror sembraba de cadáveres

el campo y las ciudades; una ola de rencor envenenaba el ambiente, rompiendo todo vínculo de humanidad: las familias se disolvieron, los hijos delataban a sus padres, los esclavos a sus amos, el hermano al hermano, el amigo al amigo.

Las cabezas cortadas, goteando sobre la tierra fértil, fueron semilla de represalias atroces; los partidarios de España no huídos a las Antillas, o no refugiados en Puerto Cabello, que Bolívar sitiaba para destruir la última madriguera del españolismo, se acogieron a los montes, a lo bandolero, contestando al crimen con el crimen. La lucha era a todo trance, a la desesperada: *¡Españoles y canarios, contad con la muerte!*, proclamaban Bolívar y sus tropas. *¡No hay cuartel para los insurgentes!*, gritaban los españoles; y al desnudarse los aceros, se desnudaron las almas, dejando al descubierto el odio que las endurecía y perturbaba.

La guerra desató en aquellos locos una insania furiosa, un espíritu vengativo, que hacía cadena sin fin de los agravios y sugería los suplicios más horrendos, borrando paren-

tescos, lazos de sangre, tradiciones de amistad y aun promesas de amor. El nacimiento, por lo general, no era bandera de recluta: españoles que deseaban vengar algún ultraje tomaban partido por los independientes; americanos agraviados por cualquier desmán se alistaban en las filas de España.

Los restos del Ejército esparcido por el territorio se dividieron también en dos mitades: militares nacidos en la península olvidaron el juramento a sus banderas y empuñan las armas por la separación; venezolanos que nunca conocieron el solar de sus mayores fueron leales a España hasta la ruina, hasta el martirio, hasta la muerte; un ciclón de demencia, de delirio sacudía a aquellas multitudes, despedazándose a tiros, a machetazos, a mordiscos.

—¿Qué hago con novecientos españoles que tenemos presos? —consultaba Arizmendi, el hombre hiena insaciable de sangre.

—Suprimirlos —respondió Bolívar, impertérrito en su plan destructor. Y aquellos infelices fueron inmolados por tandas, para hacer duradero el placer de verlos morir.

No se quedaban atrás los adversarios (apenas si quedarían doscientos) diseminados, unos entre los indios llaneros más generosos que sus hermanos de raza; otros incorporados en las guerrillas montaraces; todos hacían también guerra de esterminio y crueldad; asaltaban caminos, asolaban poblados, cortaban las orejas a sus enemigos antes de matarlos, y enristrándolas, como cabezas de ajo, las suspendían de los árboles a la entrada de los pueblos: la oreja de insurgente llegó a ser un distintivo, una cucarda españolista; despanzurraban a lanzazos a los prisioneros; poníanles sujeta a la cabeza una cinta con dos astas y los alanceaban cual si fuesen toros en tentadero.

Pero estas inconcebibles barbaridades ni atenuaban las de la guerra a muerte ni impedían que el dominio español desapareciese de Venezuela: los generales españoles eran materialmente aniquilados en cuanto, a costa de grandes esfuerzos, oponían algunas fuerzas al empuje del vencedor: Bolívar había atado la victoria a la cola de su caballo tordo.

El edicto publicado en Cartagena por Bri-

ceño —otro tigre como Arizmendi— seguíase puntualmente, aunque el Congreso de los Diputados hubiese puesto algunas dificultades para su aprobación; tan brutal documento no puede haber sido concebido sino en un instante de calentura. "Como esta guerra —dice— se dirige en su primero y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van incluídos los isleños canarios, no debe quedar uno solo vivo. Se considera un mérito para obtener grados en el Ejército el presentar un número de cabezas de españoles, y así, el soldado que presentare veinte será ascendido a alférez, vivo y efectivo; el que presentare treinta, a teniente, el que cincuenta a capitán..."

Lo más extraordinario de esta época de locura es que los hombres señalados por sus crueldades habían sido antes de la guerra gentes pacíficas, bondadosos, amables, hospitalarios, como toda la población venezolana, la de costumbres más dulces del continente, la más acogedora y más próspera por la riqueza de su agricultura, por la intensidad de su comercio marítimo, por la importancia de

sus principales puertos y la abundante y selecta ganadería, especialmente en la raza equina, cuyos ejemplares, provenientes de los caballos andaluces, daban ocasión a producir los mejores jinetes del mundo; si es un hecho cierto que la prosperidad contribuye a dulcificar las costumbres y la pobreza las agría y endurece, compréndese que la miseria en un país que había sido tan rico hiciese a sus habitantes propicios a secundar los proyectos de Simón Bolívar.

Porque aunque los biógrafos de este general no sólo disculpan, sino que justifican la guerra a muerte, calificándola de medida redentora, es más cierto que Bolívar no la desencadenó por perversidad natural ni por aborrecimiento a España, siendo muy intenso el que sentía hacia la patria de su origen. Hízolo, no por ligereza de carácter ni atolondramiento: la guerra a muerte fué un pensamiento calculado en la necesidad de crear el odio que separase eternamente a hermanos de la misma sangre. En toda guerra civil, si no se engendra un sentimiento odioso, hay el peligro de un abrazo. La experiencia de las dos

primeras campañas, la de Miranda y la de Monteverde le hizo ver que los ánimos estaban siempre dispuestos a la paz, que la causa separatista era impopular, si se exceptúa a los universitarios, los curas y los nobles; la masa del pueblo se adaptaba en seguida a las circunstancias y los reclutados a la fuerza y contra su voluntad batíanse flojamente, porque no odiaban a sus contrarios, que era la única pasión que habría podido impulsarlos, faltándoles el idealismo de la independencia.

Algunos historiadores atribuyen a la guerra a muerte un objetivo: el de atemorizar a los peninsulares induciéndolos al abandono del país. De sobra conocía el Libertador que no se amedrenta a los españoles con la muerte, porque si aprecian en poco su propia vida en menos tienen a la ajena. Bolívar, a fuer de hombre organizador —cualidad sobresaliente entre sus condiciones políticas y militares— cavó un foso infranqueable, que separase para siempre a los partidarios de España de los partidarios de la independencia.

Juan Vicente González, el historiador más literario de América, enjuicia duramente el

terrible decreto de Bolívar, diciendo: "La guerra a muerte o el terror de los años 13 y 14, lejos de ser un medio de victoria, fué un obstáculo insuperable para conseguirla; creó a la República millares de enemigos en el interior, le arrebató las simpatías exteriores, hizo bajar al sepulcro a 60.000 venezolanos y formó a Bobes."

Es verdad: formó a Bobes; a Bobes, que, surgiendo de un lago de sangre española, fué el azote de Venezuela independiente, y el terror del mismo Bolívar que, vencido, aniquiladas sus fuerzas, anulado, pidió la cesación de aquella matanza que él decretara y cumpliera, y recibió del caudillo español un *No* despreciativo y rotundo.

II

LOS DOS RIVALES

EL Libertador triunfa y domina en la costa de Venezuela; se apodera de todas las ciudades del interior; vence sucesivamente a cuantas fuerzas le opone el capitán general del territorio, don Juan Manuel Cagigal, militar ordenancista, de los de carta y compás, que, observando todas las reglas técnicas, pierde plazas, arsenales, almacenes, parques y, lo que es peor, el tino y la serenidad, encerrándose en Puerto Cabello cuando no le quedan soldados a quienes gruñir y disciplinar: es Cagigal un hombre bueno en demasía, si cabe en la bondad lo demasiado.

Al mismo tiempo que la Fortuna ayuda al joven dictador, otro mancebo de su misma

edad aparece en el corazón de Venezuela, en Los Llanos, donde campea la gente brava de a caballo, Bobes, cuyo título de comandante general del Ejército de Barlovento, adjudicado por sí mismo, da a sus huestes cierto barniz oficial con todos los aspectos de una tropa extraña, en que se mezclan la disciplina más severa y la instrucción militar más refinada, con la iniciativa individual más libre y la desenvoltura de acción de veteranos. En un radio de muchas leguas pululan de concierto multitud de guerrillas, partidas sueltas, *montoneras* realistas, que aprisionan y suprimen *patriotas*, requisan víveres, acopian recursos, transmiten órdenes y mantienen el país en perpetua alarma.

Bolívar, atareado en construir la República, convocar un Congreso, dictar leyes, allegar dinero, alistar paisanos, recibir homenajes, deshacer indisciplinas de sus tenientes y mover sus tropas combatiendo, ha fijado su atención en el peligro de Los Llanos; no escapa a su finísima perspicacia el negro nubarrón que se cierne en el cielo de sus éxitos; mas no se decide a ir en persona sobre aquel

enemigo amenazador, que, después de la derrota que le ha infligido Campo Elías, ostenta más audacia, mayor fuerza, como si sus legiones brotasen de la misma huella de sus caballos.

Los dos mejores oficiales de Bolívar, uno Juan Antonio Bermúdez de Castro, arrojado hasta la temeridad, y otro José Félix Rivas, soldado hábil, maniobrero y valeroso, reciben la misión espinosa de aplastar al temido campeón de los realistas; en una semana, tras inverosímiles marchas, Bobes destroza los batallones de Bermúdez y aniquila la División de Rivas, tomándoles armas, municiones, banderas y ganado, con mortandad tan grande, que ambos caudillos insurgentes escapan sin escolta siquiera que los guarde.

Muchos de los dispersos se presentan en el campo del vencedor para unirse a sus filas. Bobes no admite traidores ni pasados: el que una vez defecciona sus banderas no es de fiar; aquéllos que esperaban ser acogidos son fusilados con los prisioneros.

La lección podrá tener un fondo de moral militar exagerada, pero es tan cruel que ate-

rra a las mismas tropas victoriosas; sin embargo, si la disciplina era antes del fusilamiento rígida y dura en ellas, después de desfilar delante de los montones de cadáveres se hace implacable; los soldados, infantes y jinetes, son autómatas que se mueven a un solo gesto de su jefe; el Ejército de Barlovento ha lanzado al aire el grito de ¡Victoria o muerte!

Bolívar lo recoge y lo utiliza para enardecer a sus soldados; cae sobre la columna del coronel Antoñanza y la desbarata, sucumbiendo el jefe español abrazado a su bandera; acomete en Carabobo al joven general Barreiro y obtiene un triunfo decisivo y brillante: todo cae en poder del vencedor, que puede repostar su caballería con los 4.000 caballos recogidos en el campo de batalla. Barreiro y 39 oficiales españoles son fusilados; mueren con una dignidad y gallardía que asombra a los batallones victoriosos.

La batalla de Carabobo hubiera entregado entero el territorio de Venezuela a Bolívar —tal fué su importancia política— si en Los Llanos no persistiese, amenazador, el asturiano indestructible, el genio de la guerra, el vo-

luptuoso de la matanza. "Gozaba —dice Franco, uno de sus retratistas— de una agilidad muscular portentosa, estirándose, encogiéndose o doblándose con sorprendente facilidad; sobrio, indiferente al peligro, consumado jinete, insuperable lancero, tenía el don inexplicable de dirigir la lucha como el más experto general y pelear al mismo tiempo como el último y más heroico de sus soldados."

Bolívar, en su sistema de no jugárselo todo a una carta, vacila en emprender operaciones contra Bobes, a pesar de la moral elevadísima alcanzada en Carabobo: confía al coronel Padrón el encargo de enfrentarse con los llaneros y le entrega los mejores Cuerpos, a los que siguen de cerca, para apoyar su acción, fuerzas respetables, mandadas por Ustáriz y Campo Elías; antes de que puedan reunirse y auxiliarse, Bobes deshace la División Padrón, toma y saquea la plaza de Cura, se revuelve contra Campo Elías, al que tiene ansia de batir porque es español renegado, y lo vence cuando realiza su conjunción con Ustáriz, matándole 2.500 hombres; en seguida sorprende

y asalta Calabozo, su pueblo favorito, su residencia anterior a la guerra, y, para terminar tan brillante período de operaciones, cae sobre el general Aldas y le acuchilla 1.500 soldados.

Así acaba el año 13 y se anuncia lo azaroso del 14, en que va a resplandecer como un meteoro fugaz la vida y la muerte heroica del León de Los Llanos.

La campaña toma proporciones de epopeya; posiblemente, no hubo ninguna tan encarnizada, tan feroz, desde que el mundo es mundo, porque no registra la Historia batalla en que perecen siempre la mitad y hasta el 70 por 100 de los combatientes.

Bobes, dueño de Calabozo, barre con sus patrullas de lanceros el camino real de Caracas, donde el Gobierno republicano o separatista mira con ojos asombrados caracolear los jinetes realistas o españoles por los paseos de las afueras de la capital, sembrando el espanto en los habitantes.

El renegado Campo Elías, testarudo como español, se ofrece a combatir nuevamente: 4.000 hombres con buena artillería forman su

hueste: marcha hacia la sabana de La Puerta, que, como su nombre indica, es el acceso a la tierra llanera; llega al campo de batalla y, apenas toma posiciones, es envuelto por los 8.000 hombres de Bobes, sin que le valga derrochar el valor; 1.000 soldados deja sobre el campo y otros 1.000 son muertos a lanzazos en la persecución, entrando los restantes fugitivos en Caracas, donde el pavor sobrecoge a las gentes.

Bobes tuerce el rumbo, como cuando cambia el viento en la tempestad, y marcha contra Victoria, cuya rica ciudad ha puesto Rivas en estado de defensa, construyendo trincheras y aspillerando casas. Con su acostumbrado furor acometen los llaneros; asaltan la ciudad, calle por calle, casa por casa; arroyos de sangre marcan el avance de las tropas de Bobes y llamaradas de incendio forman la cintura de la defensa; ya están los asaltantes cerca de la plaza, último reducto de Rivas; ya se animan unos a otros con alaridos de triunfo; el esforzado astur, primero entre los primeros, recibe allí, en la postrer trinchera, el anuncio de que otro ejército se apro-

xima; es Bolívar en persona, acompañado de numerosa División; al fin, acude al duelo con lo más escogido de sus tropas.

Bobes abandona su presa; la rapidez característica de sus soldados se manifiesta aquel día en una de las maniobras más difíciles de la guerra: como un solo hombre dan media vuelta, atacan, pelean cual fieras hambrientas, desalojan a Bolívar de sus posiciones y extenuados, agotados, al llegar la noche, vivaquean en las alturas conquistadas; Bolívar, ordenadamente, se ha retirado y elige posiciones otra vez, donde, arma al brazo, espera el día, y el ataque del enfurecido enemigo.

La lucha se renueva, no tiene límites el furor, la mortandad es espantosa. Bolívar echa pie a tierra, para morir con honra, pero Bobes ha consumido todas sus municiones; lleva cuarenta y ocho horas en fuego y sus lanceros no son utilizables en los riscos, donde el Libertador ha echado raíces, construyendo reductos alrededor de su parque bien provisto. Allí está, pues, la victoria: en aquel parque establecido dentro de los muros de

una casa de campo. Bobes intenta apoderarse de él en frenético asalto; lleva en el pecho abierta una de las heridas cobradas en el anterior combate; no importa: lo menos es morir; acomete ciego, enloquecido, toma parapetos a caballo, lucha al arma blanca y sin un cartucho, mientras el contrario lo cañonea, lo fusila, lo destroza. Llega con sus intrépidos llaneros a los muros del parque, suben en racimos, unos sobre otros, para alcanzar las primeras ventanas, defendidas a pedradas y a tiros.

De pronto, una densa columna de llamas y humo negro sube vertiginosa al cielo; el parque ha volado, ha desaparecido, hecho un volcán que arroja a los aires los cuerpos mutilados de asaltantes y defensores. Ricaurte, su heroico jefe, ha hecho estallar el repuesto de pólvora, sucumbiendo abnegadamente con todos sus soldados y salvando a Bolívar de caer en manos de su rival.

Bobes, sin medios ya para seguir la lucha, se retira, dejando 4.000 de sus llaneros muertos sobre el terreno del combate; mas no se retira como vencido, sino como un león ja-

deante de rabia y enseñando la ensangrentada garra a sus enemigos.

Ni Bolívar, desde el campo atrincherado; ni Rivas, desde la ciudad, se atreven a hostigarlo, harto necesitados de descanso, y abandonan los dos sus respectivas posiciones.

Por ensalmo rehacen ambos rivales sus regimientos, aunque sin cesar de combatir; el 14 de junio de 1814 Bobes, con su ejército, busca y encuentra a Marino, vanguardia de Bolívar, en terreno de La Puerta; Bolívar se incorpora y toma el mando; la batalla se entabla; apenas desplegado el batallón de Aragüe, es barrido por la caballería de Bobes; en vano el valiente batallón de Cumaná forma el cuadro y rodilla en tierra se defiende bravamente; la caballería lo rompe y anega en sangre; el teniente coronel de Cumaná no quiere sobrevivir a la derrota y se salta la tapa de los sesos de un pistoletazo; huyen todos los insurgentes y Bolívar emprende la fuga, recorriendo en tres horas y media diez leguas y media.

El duelo ha terminado; quedan en la liza núcleos dispuestos aún a disputar a Bobes la

victoria completa, pero Bolívar desaparece de ella, vencido; no le queda un palmo de terreno fuera de Cartagena, cuyas fortificaciones, casi inexpugnables, exigen elementos que piensa Bobes reunir cuando acabe con la última raíz de la insurrección, y de la plaza de Maturín, vivero de separatistas y refugio de fugitivos.

Bobes, como canta el romancero del Cid, ve ensancharse Venezuela delante de su caballo: de uno de sus caballos, porque no hay combate en que no le maten alguno, cuando no dos. Como el Duque de Alba en Flandes, legisla mientras cabalga al frente de sus invencibles llaneros y organiza el país en planta española; todas las poblaciones tienen ya sus autoridades y sus Consejos a manera de España; todas las plazas, sus guarniciones y comandantes militares; la máquina administrativa funciona, no con políticos y abogados y logreros, como suele acontecer siempre que se cambia de sistema, sino con hacendados, comerciantes y funcionarios del Estado; la Audiencia es repuesta en sus cargos, y Cagígal, sin perjuicio de reintegrarse a su pala-

cio de Caracas y utilizar la misma mesa en que Bolívar despachaba los asuntos, llama al orden a Bobes por invasión de atribuciones, y se queja al Rey. El arzobispo también acude al ministro universal de Indias, y como pastor de almas se duele de las atrocidades del caudillo español.

Bolívar, que, por conducto del arzobispo y del capitán general, había solicitado la suspensión de la guerra a muerte que él decretara y cumpliera, recibe una respuesta: "Por ahora, no es posible; más adelante, ya veremos."

Por lo visto, Bobes piensa suspenderla cuando no quede vivo un solo simpatizante con el separatismo. Bolívar, aterrado entonces por las consecuencias que espera, aconseja a los habitantes de las poblaciones interiores el éxodo a la costa, en cuyos puertos hallarán barcos preparados a transportarlos lejos del infierno de Venezuela; millares de familias, aturdidas de espanto, huyen hacia los puertos, creyendo ver a cada momento los atroces lanceros, sus verdugos.

Bobes entra en Caracas y a latigazos dis-

persa, no a los enemigos, sino a los que en todas partes y en todas ocasiones están propicios a gritar "¡Viva quien vence!" Unas horas, no más, para cambiar el vendaje de una herida y besar el anillo al arzobispo, significándole *respetuosamente* que habrá de enviarlo a España, como a Colón, cargado de cadenas, si persiste en su conducta equívoca; recoge de los muelles el tesoro de Mutis, el botánico, colección que Bolívar había vendido a los ingleses, y reintegra los inestimables frutos de la ciencia a su museo.

Vuelve al campo, donde la matanza de fugitivos multiplica el terror; no hay perdón, no hay piedad; los convoyes macabros van dejando en su huída hombres, mujeres, niños muertos o moribundos; las madres, enloquecidas de desesperación, arrojan a sus hijos a los precipicios.

Una de estas espeluznantes caravanas encuentra en su camiso a Bolívar, que, solo, triste, odiado y maldecido, esquiva, contempla el tremendo espectáculo; no es a Bobes, no, aquien execran aquellos infelices arrastrándose bajo el peso de su inmensa desgra-

cia; es a Bolívar: "¡Maldito seas! —le increpan los viejos y las mujeres—. ¡Maldito seas tú que nos has traído a esta miseria! ¡Caiga sobre ti toda la sangre de nuestros hermanos, todos los escombros de nuestros hogares, todo el infortunio de nuestras familias! ¡Maldito, maldito seas!"

Bolívar, el vencido, sigue su fuga a Cumaná, y luego, luego se expatría; sus generales le declaran desertor. Venezuela, perdida para España, es de España otra vez; el duelo se ha resuelto a favor del león de Los Llanos.

III

PARALELO

SIMÓN Bolívar nació en Caracas el día 24 de julio de 1783. José Tomás Bobes había nacido en Oviedo el día 16 de septiembre de 1782; era, pues, el ovetense alrededor de diez meses de más edad que el caraqueño. Buenos pañales de batista tuvo el uno, pues vino al mundo en la opulencia colonial de un hogar noble; los del otro debieron ser de lienzo no muy fino, ya que su padre, hidalgo de gotera sin lanza en astillero, remediaba su pobreza con un modesto destino de escribiente en el Concejo de Vetusta.

Los detractores de Bobes, que lo son todos los que de él se ocuparon, lo describen como hombre vil, ladrón, pirata, condenado a hor-

ca, adjudicándole el apellido Rodríguez, porque el de Bobes era mote adoptado por él al trocar su profesión de corsario por la de comerciante y tratante en bestias. Más adelante se verá que en todo esto no hay sino desahogos del despecho o ligereza e ignorancia.

Los dos hombres representativos de dos ideas opuestas, y coautores en una época de insania, no podían ser más dispares y antagónicos, tal como lo eran sus convicciones, aunque ambos poseyeran aquellas cualidades comunes a todos los conductores de muchedumbres: el poder de sugestión; la excepcional aptitud organizadora; un alma insensible al dolor ajeno, considerándolo detalle insignificante en la trayectoria de su voluntad; una inteligencia vivísima; una tenacidad incansable; un desinterés sobrehumano, y una rapidez vertiginosa en la ejecución de sus planes.

En los demás aspectos difieren totalmente; el valor personal, necesario a todo caudillo militar y político, no es el mismo: Bolívar es valeroso, pero no temerario; sabe administrar su valor, no exponiendo su persona más que en casos extremos y, aun en ellos,

prefiere la fuga a la probabilidad de morir; no se deja arrebatar por el entusiasmo de la pelea; ha nacido para general, no para soldado, y sabe reservar su existencia, dedicada por entero a un fin que persigue y logra merced a su talento enorme y a su constancia sin ejemplo.

Bobes es otro género de valor: la temeridad es su sistema; le atrae el peligro como el imán al acero; no hay riesgo que lo detenga ni aventura guerrera que no le tiente; es impulsivo en la ejecución, pero calculador, frío y sereno en preparar el plan de combate; conoce que, una vez empezada la batalla, todos deben saber cómo han de maniobrar sin necesidad de órdenes; a cada jefe le dicta su misión y no admite que no se pueda cumplir, y una vez roto el fuego, se entrega en cuerpo y alma a la voluptuosidad de matar.

Sin saber quizá a quien imita, o tal vez sabiéndolo, porque no es el hombre rudo e ignorante que pintan los historiadores americanos, copia la frase de Carlos V en Túnez: "Si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levantad primero a éste que

a mí"; pero lo copia mejorando el tono heroico, porque el Emperador no renunciaba a que lo levantasen, y Bobes tenía prohibido a sus llaneros que recogiesen durante la lucha a ningún herido, incluso a él. "No me recojáis, vengadme", era su mandato, y así lo hacían con todos, porque ¡ay del desobediente!

Bolívar era republicano; pudiérase también encerrar este concepto entre las elegantes curvas de una interrogación, porque sus inclinaciones, sus gustos rezumaban aristocracia. Un refrán castellano dice que "la primera teta no se digiere nunca". Bolívar había mamado distinción, elegancia, autoridad, mando, refinamiento; no concebía la igualdad, ¡tan republicana!; se consideraba —y lo era— muy superior a todos sus compatriotas; tenía dentro el dictador que fué toda su vida. Su idea de la libertad era la libertad de América, no la libertad política, aunque la disfrazara, engañándose a sí mismo, con discursos y Congresos de diputados.

Su educación familiar, en un ambiente de clasicismo español, donde su padre, coronel de

Milicias, señor del valle de Aragua, regidor de Caracas, prócer caballeroso y respetado más que las mismas autoridades españolas, ejercía un dominio casi feudal, no toleraba costumbres democráticas. Una instrucción cosmopolita, un preceptor tan sabio como cínico a lo Epicuro, un culto idolátrico hacia Napoleón, infundían en su carácter un estilo romántico: soñaba con la gloria y se complacía en sentir la merecida admiración de las gentes y la servil adulación de sus partidarios. Era absolutista por temperamento y por necesidad, pues no se habría impuesto a sus envidiosos y a los mediocres. Sobrio en la mesa, pero no en el altar de Venus, rendía a la diosa fervoroso culto, fácil y frecuente por el atractivo de su figura esbelta, de su talle flexible, sus ojos, ora penetrantes, ora acariciadores, y su verbo apasionado y cálido. Posiblemente, tanto como los desengaños y amarguras y las fatigas de la guerra, Amor contribuyó a debilitar una naturaleza no de mucha resistencia física.

Bobes fué realista, es decir, lo contrario de republicano; pero fué realista porque así

se llamaron los defensores de España en América; el Rey representaba entonces la patria; era indisoluble con ella; siempre con la patria era siempre con el Rey; defender la patria, ser realista: así fué el realismo de Bobes y el de casi todos los españoles americanos.

Sin embargo, Bobes era demócrata, por educación, por carácter y por costumbre; habíase educado en el Instituto de Oviedo, entre muchachos de su condición, porque los nobles recibían instrucción en los seminarios destinados exclusivamente a intensificar el azulado de la sangre; hijo de sus obras, convivió con gentes humildes, y aunque el trabajo hubiese endurecido su trato, no le quitó franqueza y espontaneidad. Incapaz de disimulo, no ya franco, hasta brutal se manifestaba en decir verdades. En las comunicaciones oficiales que dirigió al Rey quejándose de la incapacidad de Cagígal y del arzobispo, decía que para defender la *justa causa* (así se denominaba la de España) el primero era valiente, pero tonto, y el segundo, listo, pero cobarde.

Bolívar y Bobes aprendieron la guerra en

la guerra; uno empezó de coronel, otro de capitán; el segundo aventajó tanto al primero que fué su mejor maestro. Bolívar aprendió de Bobes el empleo de la caballería, el envolvimiento a larga distancia, que sembraba la incertidumbre en el enemigo; las operaciones combinadas y el arte de mantener la disciplina y de preparar hasta los menores detalles antes de combatir. Los mismos panegiristas de Bolívar encuentran a éste un guerrillero comparado con Bobes, que era un general.

Bolívar gustaba encomendar a sus tenientes los hechos de armas; Bobes los realizaba por sí mismo. Bolívar aprendía por intuición, por un poder de asimilación formidable: no sabía táctica, ni la estudió jamás, supliendo con su talento la carencia de estudios. Bobes estudiaba a caballo: llevaba en las alforjas los reglamentos de tropas de línea y tropas ligeras. Imponía la disciplina con el ejemplo, siendo el primero en el ataque y el último en la retirada; compartía con sus soldados todas las privaciones; no se reservó jamás parte alguna en el botín cogido; vigilaba de noche en

el vivac para que descansasen sus oficiales; conversaba siempre en camarada con sus soldados, enterándose de sus particulares asuntos y dándoles consejos; no desdeñaba sentarse con ellos a comer el tasajo de la ración, o el salcochado de la cena, cuando la había, y no llevaba distintivo alguno, sino una capa roja, más para que le vieran en el combate que por ostentación; su pasión única era el caballo.

Como Bolívar, no conocía los placeres de la mesa; también amó, pero a una sola mujer; la castidad no es una virtud extraña a muchos guerrilleros españoles: lo mismo en la guerra de la independencia que en las dos campañas carlistas han sido rarísimos los casos de irrespeto a las mujeres por parte de soldados irregulares; cabecillas reconocidamente sanguinarios y ladrones sólo detenían sus ímpetus criminales delante de las mujeres dignas.

Uno de los motivos del cariño que Bobes —el taita le llamaban con amor sus soldados— inspiraba a los llaneros fué la caballerosidad en tratar a sus mujeres. No estaban

ciertamente aquellos pobres indios acostumbrados a eso por los criollos y varones pudientes.

En cuanto al físico, es difícil imaginar su fisonomía, aunque no su cuerpo; dicen que era tan vigoroso como ágil; ninguno de sus soldados le igualaba en fuerza muscular: ahogaba un caballo apretándole con las piernas, mataba un buey de un puñetazo y bebía con una cuba cogiéndola a pulso por el asa: estos ejercicios le daban un renombre colosal.

De Bolívar existen multitud de retratos, en los cuales es posible que la fantasía retocase las facciones y la expresión del rostro; de todos modos, la simpatía y la nobleza debían ser notables en aquel hombre extraordinario.

Los dos retratos —a pluma de escritor— que de Bobes quedan en la historia americana no están de acuerdo. Manuel J. Calle, en su libro *Leyendas de América,* lo describe así: "Era de mediana estatura, huesudo, de recia complexión; una soberbia cabellera se arremolinaba sobre su ancha y blanca frente; chispeaban sus grandes y rasgados ojos y a su sonrosado semblante adornaba una es-

pesa barba que le descendía sobre el pecho, comunicando a su dueño una majestad de prócer."

No resulta mal parecido así el caudillo de Los Llanos; por lo menos, no aparece repugnante y monstruoso, cual lo traza otro historiador sudamericano, muy ducho en literatura tropical: Juan Vicente González; si Calle pareció inspirarse en Francisco Pizarro y en el Duque de Alba, González tomó por modelo a Quasimodo:

"De cuerpo mediano, ancho de espaldas, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapiña; su cuello, que tiraba hacia atrás, y su mirada, que se concentraba a veces, y paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza que no le fué dado eximir ante sus mismos superiores."

Con cualquiera de estos dos retratos se comprende el prestigio de Bobes sobre sus batallones; tomando un solo rasgo de cada una de las dos efigies, el aspecto prócer y el

imperio y fiereza en los movimientos, hay suficiente para hacer buena figura al frente de una hueste valerosa; lo de la cabeza grande, la frente chata, los ojos turbios y la nariz y boca de ave de presa puede que sea simbólico, que esas y otras licencias suelen tomarse los historiadores con los personajes que no son de su devoción: pero pudo ser feo y ser muy gran soldado.

Cuentan las crónicas de la época de Felipe II que había en Flandes un capitán, Hurtado de Mendoza, de tan fea catadura y tan desgarbado que daba risa verlo al frente de su compañía, pero tan bravo, tan gallardo en el combate que parecía hermoso; y como también a la destreza en manejar la espada unía la de mover la pluma y pulsar la lira, casó con la mujer más bella de los Países Bajos, que no lo trocara por el mismo Apolo.

Bobes amó a una caraqueña, cuyo nombre no ha merecido la curiosidad de los historiadores; debía de ser tan pobre como el novio, porque éste hubo de recurrir al préstamo para los gastos del proyectado y próximo casamiento; y esto fué en la época de su omnipo-

tencia; cuando podía hacerse rico o, por lo menos, no necesitar de nadie.

En el desprecio a la fortuna fueron muy parecidos los rivales. Bolívar perdió su patrimonio por la causa de la independencia. Bobes perdió también el suyo, no heredado, pero sí ganado a pulso, por la causa de España: los dos murieron pobres.

La muerte los recogió con muy diferente ademán: Bolívar murió enfermo de cuerpo y alma, proscrito, perseguido, amenazado por asesinos, tal vez arrepentido de su obra, o a lo menos dudando —si son ciertas sus últimas palabras— del bien o el mal que había causado a la patria; y fué a rendir el último suspiro en el hogar de un español, de uno de aquellos españoles a quienes decía en su decreto: "¡Contad con la muerte!" Y fueron manos españolas las que cerraron, piadosas, sus párpados y un español fué su albacea, y hasta el riachuelo cristalino que bordeaba la casa, y con sus aguas puras refrescó las ardorosas sienes del moribundo se llamaba el Manzanares, como si quisiera con su nombre español y madrileño recordar al agonizante el otro

Manzanares en cuyas márgenes encontró el amor de una española virtuosa, el afecto de una familia hidalga y la acogida maternal de una patria sobre la que tanto vilipendio arrojó después.

Bobes cayó, en héroe, abierto el pecho de un lanzazo que partió aquel corazón de bronce; su golpe favorito; cayó como un titán, en plena lucha, embriagado por la gloria, sin tiempo de pedir misericordia a Dios, porque era su destino ni darla ni pedirla; sobre su cadáver saltaron los escuadrones gritando victoria, y cayeron otros cadáveres, ocultándole en palpitante tumba; el oído, que es el último sentido que pierden los que mueren en el campo de batalla, llevó a su alma la postrera sensación de su vida, la del triunfo, la de que lo había dado todo, todo, por España.

¡Bolívar y Bobes! Los dos fueron inmensos personificando dos patrias: la que nacía de los horrores de la guerra y la que lloraba, vieja y desgarrada, la pérdida de tantos de sus hijos.

La posteridad ha sido justa y magnánima

con el primero; ingrata y olvidadiza con el otro: de las muchas coronas de laurel tejidas en honra del Libertador vaya siquiera una hojita a glorificar la memoria de su adversario.

IV

EL ESTADO CASTRENSE EN LA ÚLTIMA ÉPOCA COLONIAL

UNA de las particularidades más notables de las guerras de separación de América es la facilidad con que se levantaban los ejércitos combatientes y no a modo de rebaños armados, sino con la mayor parte de las condiciones de tropas regulares, uniformadas, disciplinadas y maniobrando como veteranos curtidos.

Pudiera creerse que este arte de organizar batallones se debía a la competencia y habilidad de los caudillos. Mucho entraba esta cualidad en la ejecución de los proyectos de operaciones; pero tanto por lo que se refiere a los jefes como lo que se relaciona con los soldados, el milagro —que milagro parecía— era obra del estado castrense en que vivían

las colonias desde muchos años atrás, y especialmente los territorios costeros.

La piratería extranjera mantenía en perpetua alarma las comarcas de la costa: el ejército regular era escasísimo, pues España habría necesitado muchos millones de hombres para ejercer la vigilancia necesaria en el litoral y concentrarse en los lugares de ataque; de ahí que los virreyes y capitanes generales tuviesen organizadas numerosas milicias que no costaban dinero apenas y dieron siempre un resultado espléndido.

Estas milicias disfrutaron de ciertos privilegios y fueron la base de los ejércitos beligerantes; estaban organizadas por batallones y escuadrones sueltos y las había de dos clases. Milicias blancas y milicias de color, la última dividida a su vez en batallones de pardos, zambos y negros. Los oficiales de las milicias blancas pertenecían a lo más lucido de la sociedad; la familia de Bolívar, por ejemplo, disfrutaba el honor de que su jefe mandase los batallones del Valle de Aragua; el padre del Libertador era coronel nato y su hijo capitán de la primera compañía de granaderos.

Aquellos que disponían de posibilidades se costeaban su uniforme y armamento; los pobres lo recibían a costa de las personas pudientes; reuníanse los días de fiesta para hacer ejercicios militares, y en el campo de instrucción recibían la visita de los inspectores, que eran generales del Ejército y coroneles con mando en el territorio; allí se adiestraban en la táctica, entonces bastante complicada; se les pasaba revista de policía y había verdadera emulación para presentar las unidades en estado brillante de disciplina.

La oficialidad tenía fuero de guerra igual que la del Ejército; sus divisas eran idénticas a la de los militares; los uniformes eran muy lujosos, y ellos los ostentaban con orgullo. Sufrían exámenes de conocimientos militares —táctica, ordenanzas, leyes penales— para ser declarados aptos, y se les llevaba con toda puntualidad la correspondiente hoja de servicios.

Un historiador extranjero dice que una de las causas que motivaron el disgusto de los americanos fué el que se obligara a la oficialidad de las milicias a pedir real licencia para

contraer matrimonio, como si esta disposición fuese exclusiva para los criollos. ¡Así se escribe la Historia! La real licencia para casarse era una muestra de distinción que igualaba a los oficiales, lo mismo del Ejército que de las milicias, a los Grandes de España; era una fórmula, un protocolo de privilegio, no para dificultarles la voluntad de elegir esposa, sino para hacerles pensar que el rey tomaba parte en sus asuntos familiares; tan formulista era la disposición que si no se cumplía, con sólo pedir dispensa después del matrimonio se concedía sin excepción.

Como los uniformes eran vistosos y de muy buen gusto, la juventud se complacía mucho en ostentarlos en paseos y actos de sociedad, dándoles un tono pintoresco y distinguido: Milicianos y militares se llevaban como hermanos y no escaseaban los obsequios mutuos.

La tropa gozaba también de algunas ventajas económicas ya que a mayor tiempo de servicio se les rebajaba un tanto por ciento en las contribuciones, con el objeto de retener en filas a los veteranos.

No existían fuerzas de policía, encargándo-

se los milicianos del campo de este servicio, aunque en Venezuela no fuese menester por la honradez de sus habitantes y por las costumbres sencillas y patriarcales de los campesinos.

Las milicias alternaban con el escaso ejército regular en el servicio de plaza y en la guarnición temporal de los castillos: servíales esto de vacación en el trabajo de sus profesiones civiles y se familiarizaban con las prácticas de reconocimiento, descubiertas, rondas, contrarrondas, rondines y demás pormenores de la vida militar de aquella época; las compañías que iban semanalmente a guarnecer los castillos consideraban esta obligación como una fiesta: visitábanles sus familias y amistades, organizaban bailes y veladas nocturnas, que, con el encanto de las noches del trópico, frente al mar, y después de un día de extremado calor, eran un alivio y un motivo de romería, al par que un refuerzo para la salud.

En los pueblos del interior, las funciones de comandante militar se encomendaban al oficial más caracterizado de las milicias, con

toda su responsabilidad y honores. El país, pues, poseía una organización militar baratísima, puesto que nada o muy poco costaba al Erario, y de una eficacia muchas veces demostrada.

No era caprichosa, ni obedeció a desconfianza de los naturales, sino a repeler los frecuentes ataques de los barcos ingleses, verdaderas escuadras en corso, cuyas fuerzas de desembarco alcanzaban la cifra de miles de soldados, como que se hacían con la ayuda gustosa del Gobierno británico. Asimismo, franceses y holandeses dedicaban buena parte de sus flotas a piratear sobre las costas de América, apresando buques españoles cargados de riquezas y saqueando puertos cuando los encontraban poco defendidos.

Gracias a las milicias, no pudieron (los ingleses especialmente) sostenerse en ningún puerto de la costa, aunque sorprendieran y se apoderaran de alguna población, pues apenas ponían pie en tierra, de todas partes acudían los batallones milicianos y les obligaban a reembarcar a tiros, dejándose buen golpe de muertos, heridos y prisioneros. Las milicias

evitaron con su valor y patriotismo que Inglaterra no llegase a poseer nunca una cadena de Peñones de Gibraltar, que seguramente no habría soltado al independizarse las colonias.

El peligro databa de muy lejos: ya en tiempo de la conquista no fueron pocas las expediciones extranjeras que intentaron arraigar en suelo perteneciente a España; decíanse aventureros que obraban por su cuenta, pero, en verdad, eran comisionados por las naciones con las que España mantenía amistad; una de estas expediciones se apoderó de un fuerte español que dominaba una bahía espléndida; pasó a cuchillo la descuidada y sorprendida guarnición y sobre el enterramiento de los soldados puso un letrero que decía: "No por españoles, sino por bandidos". Transcurridos los días necesarios para conocerse tierra adentro la noticia, acudieron los vecinos de los pueblos más próximos, sitiaron el fuerte, lo asaltaron y, degollando a todos los invasores, hicieron con los muertos un montón, y en un palo clavaron un cartel, más ingenuo que el anterior: "No por ladrones, sino por franceses".

De estas constantes agresiones disculpábanse siempre los Gobiernos de las naciones desleales; la necesidad de defenderse creó las milicias, que si al principio fueron una especie de somatén, el curso de los tiempos y la importancia de los piratas, en ocasiones desembarcando nueve o diez mil hombres, fué causa sobrada para organizar militarmente el paisanaje, llegándose a una perfección que hizo completamente infructuosos todos los esfuerzos de Inglaterra para establecer una sola estación naval en las costas ni en las islas adyacentes americanas. Si logró al fin sentar la planta en la isla de la Trinidad no sucedió por hecho de armas, sino por uno de aquellos tratados vergonzosos en que los Monarcas de la dinastía borbónica iban desbaratando el inmenso patrimonio español; y aun la cesión fué por cien años, sin que, transcurridos los cuales, haya dejado de flamear en el pintoresco castillo de Puerto España el pabellón de la *pérfida* pero admirable Albión.

La institución de las milicias llegaba a su mayor esplendor al estallar los primeros brotes del separatismo: batallones de una pres-

tancia militar magnífica, artilleros tan prácticos en el manejo de las piezas como los más idóneos y caballería bien montada y resuelta no desmerecía de la del Ejército y a veces la superaba en actividad y entusiasmo.

Con estos elementos no es difícil imaginar que la cantera de soldados excelentes produjese magníficos batallones. En cambio, no solía ser muy escogida la oficialidad del Ejército, que siempre consideraron la colonia como un refugio de pecadores, sin que ello signifique que no hubiese también entre los coloniales militares pundonorosos y correctos.

Para estimular el pase al ejército colonial se habían promulgado varias leyes de privilegio: el sueldo mucho mayor, siendo la vida más barata que en la península, el ascenso al empleo inmediato, el doble de las pensiones de retiro a los que se casaran con hijas del país o llevasen en él más de treinta y cinco años; no puede idearse una protección más decidida hacia las criollas, que, por otra parte, no la necesitaban, pues su belleza era bastante anzuelo para pescar recalcitrantes. La inmensa mayoría de los oficiales y la tropa peninsular

no regresaba ya a España: el atractivo de la vida en América obraba intensamente en los desplazados de la madre patria, que ya no serían dichosos nunca, porque si volvían a España no podían olvidar a América y si se quedaban en América, recordaban con nostalgia a España. Las penalidades de un viaje largo e incómodo, el haber creado una familia y las características de aquellos paraísos, representadas por la abundancia de dinero, por el crédito ilimitado, por la hospitalidad generosísima, por el trato dulce y acogedor de las gentes y por una existencia regalona y de poco trabajo, retenían en América a los militares que, además, poseían allí una representación social muy superior a la que les ofrecía el servicio de las armas en España, con sus irritantes desigualdades provocadas y sostenidas por las tropas de la Casa Real.

Estas tropas, verdaderos pretorianos, eran la perturbación del Ejército: cada batallón, de 700 plazas tenía siete coroneles, mandando compañías, siete tenientes coroneles subalternos, y así sucesivamente, cada empleo equivalía a tres en el Ejército. Para los doce

batallones de Infantería de la guardia española y la walona pasaban revista dos capitanes generales, cinco tenientes generales, siete mariscales de campo, veintiséis brigadieres y cien coroneles, todos entre los veinticinco y los treinta años de edad.

La caballería, o guardias de Corps (así, en francés, para mayor ignominia), todavía presentaba un cuadro más espléndido: novecientos caballos, con sus jinetes, guardias, ostentaban el empleo de alféreces, un capitán general jefe, tres tenientes generales, diez mariscales de campo y treinta y seis brigadieres, con setenta y siete coroneles; para satisfacer el furor extranjerista de aquellos tiempos había en estos gallardos guardias una compañía de españoles y americanos, otra de franceses y la tercera de napolitanos. Este derroche se restringió un poco por imposición del Conde de Aranda; pero siempre fueron las compañías mandadas por coroneles y los jefes ostentando empleos de generales desde brigadier a capitán general. Conseguir una bandolera de guardia de Corps era sentar plaza de capitán, pues que con este empleo pasaban al Ejército.

De modo que un mancebo de buena facha —condición precisa para el ingreso— encontrábase a los veinticinco años de edad con los entorchados de brigadier exento, sin más servicios notables que haberse divertido no poco en compañía de azafatas, mozas de retrete, damas de almohada, *grandas* y aun conquistas más elevadas si el mozo tenía chispa y picaba alto.

Mientras de esta pléyade, generalmente de ignorantes, se surtían los altos mandos en la Península y en América, los oficiales de la armas generales y los de los Cuerpos facultativos —éstos con menor desventaja— estábanse los años en los empleos inferiores contemplando los saltos y acrobacias de los de las tropas de Casa Real. Quien se atrevía a pasar el charco y se encontraba en América en plano superior al que viviera en el Ejército de la Península, si salía de la fiebre amarilla, el vómito negro, la perniciosa, las *cámaras* y el paludismo, en América quedábase por toda una eternidad.

Con más que estando los virreyes y capitanes generales autorizados para otorgar as-

censos hasta de capitán, definitivamente, y los de jefe a reserva de real aprobación, había, añadiendo las bajas por el clima, más probabilidades de hacer carrera.

Quizá las murmuraciones de los oficiales descontentos fueran a incrementar la ola de descrédito que preparaba la insurrección; no hay causa, por pequeña que sea, que no ejerza influencia en el ambiente público.

V

LOS LLANEROS EN CAMPAÑA

ESTÁ comenzando a amanecer; todavía no hay otro anuncio de la aurora que una claridad esparciéndose detrás de una ceja de monte; el amanecer en Venezuela tiene una sugestión, un encanto incomparables: el aire es tan sutil, de tal pureza y de frescura tanta que se respira dilatando el pecho y se saborea como una golosina exquisita.

Dura muy poco la delicia; la luz se convierte en calor muy pronto, pero los instantes precursores del día han sido de un supremo bienestar. El crepúsculo es rápido, más rápido el de la mañana que el de la tarde, ya que el sol trae tal velocidad que se le ve subir sobre el horizonte, y achicar su globo rojo hasta que, como el foco de una lente, llega al punto preciso en que los rayos queman.

Una sabana inmensa, toda verde esmeralda, húmeda de intenso rocío de la noche; una quebrada en cuyo lecho corre un río, que se adivina cuando el cauce toma por un momento la dirección de los rayos del sol; pocos árboles en la orilla, algunos corpulentos y copudos, a manera de tejados de ramas; a lo lejos, las lomas, primeros escalones de la serranía, de un azul muy pálido que se destaca sobre el azul añil del cielo; en medio, una ciudad, rodeada de huertos y en el centro de ella las dos torres gemelas, clásicas en la arquitectura religiosa del tiempo colonial: la cruza en dos mitades un camino amarillento que se pierde a lo largo de la pradera; aquí y allá manchas grises que son haciendas, las más grandes, y chozas las más pequeñas; la transparencia del ambiente acerca los objetos más distantes, como si se vieran a través de unos prismáticos modernos.

En épocas normales, la Naturaleza se despertaría con los ruidos del campo: el sonar de las campanas de iglesia, las esquilas del ganado esparcido por la campiña, el grito prolongado de un pastor o la canción doliente, de

ritmo andaluz, que canta el solitario caminante dejándose mecer al paso de su caballo.

Pero estamos en guerra y no se escuchan esos leves ruidos: el silencio es imponente y angustioso, la soledad es dueña y señora del campo, porque los ganados no se apartan de las estancias, los indios no se aventuran lejos de sus miserables aldeas, los labradores están ausentes, ya que se incorporaron a uno de los dos bandos en lucha, y nadie se atreve a transitar por los caminos, temeroso de un mal tropiezo. Al voluptuoso desperezarse de la ciudad ha sucedido el despertar nervioso de la diana de las tropas patriotas, aficionadas a charangas y estruendos estimulantes de bélico entusiasmo. En el cielo algunas bandadas de negras aves de rapiña trazan majestuosos círculos; su vista penetrante y su instinto carnicero les presagia el macabro festín de próxima batalla.

La ceja de monte, espesa y ya parduzca a la luz de la aurora, parece animada por un fenómeno visual: su contorno se mueve, el boscaje se deshilacha, los arbustos caminan, y tras ellos siguen trozos informes; la selva

se ha puesto a andar. Primero, son manchas diminutas, que se alejan de la masa convertidas en insectos deslizándose presurosos; después, otras manchas mayores, que avanzan más despacio; luego, un gran pedazo de bosque, desprendido del núcleo. Ya se acercan: el fenómeno visual desaparece; las grandes manchas se transforman en figuras geométricas, líneas como un pentagrama, cuadrados macizos dejando amplios espacios entre sí y abarcando grandes porciones de terreno. La claridad, a cada minuto más viva, permite descifrar el geroglífico: las diminutas manchas son guerrillas; el pentagrama, líneas de columnas; los cuadrados macizos que por divergentes diagonales se alejaron del grupo principal, fuertes flanqueos marchando al trote largo. Se perciben los escuadrones, con su ordenamiento perfecto de líneas y masas sobre las cuales brilla fugaz un relámpago arrancado por el sol a las moharras de las lanzas, a una chapa de cinturón, a una hebilla de montura.

Pronto se escucha ese murmullo de las muchedumbres armadas, inconfundible con el de

las muchedumbres inermes, porque lo forman ruidos exclusivamente militares: el chocar de las espuelas con las vainas metálicas de los sables; oscilación de riendas que hace crujir los hierros del bocado; pisar de herraduras semejante al redoble del trueno lejano; relinchos; voces de mando cortadas como el silbar de una tralla; notas sordas, confusas, inclasificables musicalmente, pero con vibraciones armónicas para oídos de veteranos.

Es una fuerte columna realista; los llaneros de Bobes, que pernoctaron en la selva y enterados por los espías de hallarse en la ciudad fuerzas patriotas, marchan a su encuentro en formación preparatoria de combate. Son seis regimientos de caballería, magníficos, y dos batallones de infantería, montados en mulas para menor fatiga de los infantes; tan perfecta es la alineación, que se diría todos soldados instruídos por los mejores oficiales del mundo.

Delante de la primera fila descuella un grupo de hasta media docena de jinetes, y destacado de éstos, un caballero sobre alazán de estampa soberana, finos remos, cuello enjuto

y pecho poderoso; hiérguese sobre silla campera de alta perilla, y poniéndose sobre la frente una mano a guisa de visera, otea el horizonte, en busca de las patrullas de vanguardia; ha debido adivinarlas en una lejanísima línea de nubecillas blancas como pellas de algodón en rama que aparecen sobre la hierba y se deshacen en jirones. No se apresura el caudillo en ir a socorrerlas; al momento rasga el aire un agudo toque de clarín; la columna se detiene en firme y con estruendo echa pie a tierra; aquello significa disponerse a la lucha apretando las cinchas a los caballos, examinando petrales y baticolas, cargando las armas de fuego, templando la cadenilla de barbada.

El contraste entre el orden rigurosamente militar y el aspecto individual de los soldados no puede ser más extraño y chocante; aquellos hombres, atezados de rostro, sin llevar uniforme, los uniforma la miseria de su indumento: calzón hasta la rodilla y de color indefinible, hecho tiras en muchas de sus partes; descalzo el pie los más, y sobre el hueso del tobillo, sujetas con correas, las espuelas

enormes, de ruedas descomunales y crueles; una camisa abierta por el pecho y los faldones fuera del calzón y hasta medio muslo; el color de la prenda, indescifrable bajo la capa de polvo y de sudor; arremangado el brazo, y del derecho, pendiente de una correa, larga lanza, cuya afilada punta es lo único que brilla en los arreos, porque en ella está escrita con sangre invisible la victoria; un sombrero negro, blando, de ala corta y echada hacia los ojos; junto a las sienes, greñas de azabache que acarician la cara al raudo galopar del corcel, y por todo distintivo, en lugar de escarapela, ¡horror de los horrores!, una oreja humana, lívida o negruzca, según el tiempo de su cortadura, prendida en el sombrero encima de la frente.

Agiles, fuertes, nervudos, vivaces en sus movimientos, aquellos hombres, tan apacibles antes, tan dulces, tan tranquilos, parecen un aborto del infierno transformados en gente de guerra. ¿Hambre? ¿Desnudez? ¿Falta de pago? Eso no importaba. Un caballo, una lanza, un trabuco, un fusil, cualquier arma era buena para sus puños de acero y sus co-

razones más duros todavía; atacaban como una nube de pedrisco, sin preocuparse del compañero herido o muerto; en la derrota se desvanecían como el humo, perdiéndose más allá del horizonte; vencedores, eran una tromba a cuyo paso no quedaba más que la muerte.

Por su jefe, Bobes, sentían una veneración supersticiosa, creyéndose invencibles mientras lo tuviesen a su frente o les mandase desde lejos; a una voz del caudillo hacíanse matar con el estoicismo de un filósofo, agradeciéndole esta prueba de confianza; el mayor premio, la suprema satisfacción, era sentir sobre los hombros la garra del león de Los Llanos y oír de sus labios un: "Eres un valiente; que te den el mejor caballo del depósito."

Si en el choque, en las cargas de petral, no admitían comparación con ninguna caballería del mundo, en la persecución de la retirada del enemigo no tenían rival posible: dispersos, obedeciendo a su instinto del terreno y del hombre, azuzaban a los fugitivos, los rodeaban como si fuesen punta de ganado, atacaban en patrullas a los que se resistían

a entregarse, ojeaban la tierra, registraban sus más recónditos repliegues, adivinando el rumbo y la pista de los huídos; sus lanzas chorreaban sangre, sus manos y machetes se teñían de rojo, los zurrones de sus monturas se llenaban de orejas cortadas, que iban a confundirse con el pan de las provisiones o el tasajo del almuerzo.

Tras ellos iba siempre un convoy de carros y una caravana de mujeres, que recogían a los heridos y enterraban a los muertos propios, dejando los cadáveres del enemigo a beneficio de las aves de rapiña y desnudos para aprovechar la ropa y el calzado y cuanto llevaban encima.

Acabada la batalla y la persecución, se hace el vivac, generalmente al caer de la tarde y en derredor de los carros. Arden las fogatas bajo los calderos humeantes, donde cuece la carne de los caballos muertos, a falta de otra más apetitosa. Muchas veces no hay otra cosa que comer ni sal para sazonarla. No importa: ha dicho el Taita que mañana entrarán a saco la ciudad cercana en que se refugió el enemigo derrotado; habrá vino y

gallo muerto y pan tierno y aguardiente. Los llaneros celebran mientras cenan las hazañas del Taita en la brega: cómo le vieron entrar en las filas enemigas, la rienda sujeta con los dientes y una lanza en cada mano.

Y Bobes, después de visitar las avanzadas, recorre el vivac, envuelto en su poncho y descubierta la cabeza, para que lo vean sus heroicos soldados; con todos los grupos habla y se detiene; para todos hay en su mano un apretón, que deja dolientes los huesos del subordinado. Luego, acude a los carros donde yacen los heridos y los conforta con su palabra brusca y les acaricia la frente y recomienda al cirujano en alta voz que le conserve aquella vida tan necesaria a la causa de España: en los ojos fieros, ahora vidriosos por la agonía, hay lágrimas de ternura.

A poco encuentra el grupo donde duermen su ayudante y el trompeta de órdenes; se tiende sobre el suelo, rebújase en la manta y, haciendo con el puño de fiera la señal de la cruz, murmura en un bostezo: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén." Y se pone a roncar como un bendito.

VI

LOS CONTENDIENTES DE BOBES



L sistema de Bolívar de ir enviando a batir a Bobes a sus mejores generales en vez de concentrar los esfuerzos de todos —que probablemente habría burlado la astucia y habilidad del caudillo español— permitió a éste vencer a cada uno, derrotando en *detall* las tropas que, reunidas, hubieran podido derrotarle a él.

Eran los generales de Bolívar por aquella época de 1814 la flor y nata de los insurgentes: el primero y de más alta categoría, Mariño, nacido en la opulencia y educado con todos los refinamientos del caballero; dotado de gran belleza varonil, apuesto, pulcro en su persona, suave en las costumbres, generoso, valiente, galante con las damas, ejercía un

influjo decidido sobre sus soldados. No poseía las dotes necesarias a un general ni podía medirse con un caudillo como Bobes; pero era un factor valioso, tan mal aprovechado por el Libertador, que acabó rebelándose, y no fué fusilado, como el mulato Piar, porque Bermúdez de Castro, que lo apresó, lejos de cumplir la orden, le rindió honores militares y le estrechó en sus brazos: rasgo muy propio de Bermúdez, por lo caballeroso de su carácter.

Bermúdez, o Juan Francisco *Pueblo*, como le llamaban sus paisanos de Cumaná por sus aficiones populares, tenía la misma edad de Bobes y como él hercúlea fuerza, suma destreza en montar a caballo, una acometividad ciega y un valor temerario y a prueba de los mayores peligros. Más militar que ninguno de sus compañeros, escribió en la historia de la emancipación la página heroica de su defensa de Cartagena, sitiada por Morillo. Como Mariño, se enemistó con Bolívar, sin embargo de lo cual, le salvó de caer en las garras de Bobes. Por este abnegado acto fué llamado el Libertador del Libertador.

José Félix Rivas, el más inteligente de los generales y el más cruel con los prisioneros, manejaba sus tropas diestramente; nunca fué sorprendido; sabía aplicar los conocimientos militares, y fué más infortunado que sus camaradas, pues, fugitivo y errante por los montes, después de su derrota en Maturín, lo apresaron, y, conducido por una patrulla de llaneros, que lo aborrecían por su crueldad, lo degollaron y frieron en aceite su cabeza.

Campos-Elías, español de nacimiento, carácter impetuoso, aristócrata, soberbio y valiente, carecía de instinto militar; venció a Bobes una vez, más que por su acierto, por los consejos de otro español peninsular, el coronel de Artillería del Ejército, Jalón, pasado al enemigo.

Vencido Campo-Elías por Bobes y hecho prisionero Jalón, fué éste degradado al frente de las armas; lo flagelaron luego con doscientos azotes y, moribundo, lo fusilaron por la espalda, como traidor.

El coronel Padrón, que mandaba los dos mejores batallones de línea, por él instruídos, y un fuerte contingente de caballería,

adiestrado exprofeso para enfrentarse con los lanceros de Los Llanos, era un jefe de mérito, valeroso, sagaz, conociendo el oficio de las armas, arrojado y sereno; su derrota total desvaneció muy fundadas esperanzas de Bolívar.

Otros tenientes del Libertador, menos relevantes que los citados, intentaron medir sus fuerzas con las del indomable asturiano y no tuvieron tiempo siquiera de apercibirse al combate: la tromba de los llaneros arrasó hasta sus intenciones de pelear.

Los tenientes de Bolívar en los años 13 y 14 que contendieron con Bobes tenían una característica más noble, aunque fuesen más feroces, que los que en la campaña subsiguiente servían la causa de la separación: aquéllos, desde el primer momento de la rebelión, habíanse alistado en las filas insurgentes; estos otros procedían en gran parte del Ejército español, y esta circunstancia hace poco simpáticas sus figuras. Entre los subalternos de la época de la guerra a muerte se distinguía por su valor, por su inteligencia y por sus buenos sentimientos un joven coronel del Estado Mayor de Bolívar,

Antonio José de Sucre, que había de ser con el tiempo el brazo militar y político del Libertador y el que derrumbó en Ayacucho los últimos restos del ejército defensor de España. Es Sucre una personalidad tan relevante que no la iguala ninguno de los generales de su tiempo, y militarmente es muy superior al mismo Bolívar; el hallarse a sus inmediatas órdenes en la campaña contra Bobes y el haber acompañado en algunas operaciones a los generales Rivas y Bermúdez como jefe de Estado Mayor, autoriza a incluirlo entre los vencidos, porque, habida cuenta de su talento, sus dotes de mando y la superioridad intelectual sobre sus jefes, es lógico que interviniera en los planes que Bobes hacía constantemente fracasar con sus maniobras estratégicas y su habilidad táctica.

Una circunstancia honra en extremo al entonces coronel Sucre: disgustado por la guerra a muerte, tan opuesta a su educación y sentimientos, pidió a Bolívar le permitiese incorporarse a otro teatro de operaciones, lo que no obtuvo; y tal vez no insistiera en su noble pretensión porque no se atribuyese su

deseo al temor que inspiraba el león de Los Llanos, y que en él no influiría seguramente por ser en extremo valeroso.

La presencia de Sucre entre los enemigos de España acrecienta el mérito de Bobes. Sucre era ingeniero, el único ingeniero del ejército insurgente; su actuación en la defensa de Cartagena eclipsó la del comandante de Ingenieros de la plaza, coronel que había sido del Cuerpo de Ingenieros del Ejército español: Anguiano; las fortificaciones, mejoradas por Sucre, contra la opinión de Anguiano, hicieron posible la heroica defensa de la ciudad. Sucre fué un jefe de Estado Mayor insuperable; los planes de Bolívar salían de las manos de su jefe de Estado Mayor convertidos en órdenes precisas, concisas y terminantes. Era también un excelente conductor de tropas y llegó a ser un general en jefe de primer orden; mucho menos glorificado que otros prohombres de la separación de América, que con un par de batallitas —por ejemplo, Chacabuco y Maipó, repetidas hasta el infinito— llegan a la categoría de semidioses, merece más que todos el homenaje de los ameri-

canos y el respeto y admiración de los españoles.

Pues a este hombre extraordinario hay que ponerlo en la lista de los que Bobes derrotó, en lo cual no cabe desmerecimiento, porque, como general, era Bobes más extraordinario que el gran mariscal de Ayacucho.

Una nota que añade simpatía a esta figura: don Carlos de Sucre, abuelo del gran mariscal, levantó a su costa los castillos de San Fernando y de Padrastro, que defendían la antigua Guayana, invirtiendo en las obras la mitad de su fortuna; así se sacrificaban por España los ascendientes de quienes habían de arrojarla del país.

VII

LOS SOLDADOS DE BOBES, LA BARBARIE ESPAÑOLA Y LA BARBARIE AMERICANA



AS tropas combatientes en el ejército de Bobes constaban de unidades regulares encuadradas en regimientos y de guerrillas sueltas o partidas, pero no independientes, pues todas maniobraron siempre subordinadas al caudillo y según las órdenes que de éste recibían; el elemento de las primeras era el indio de Los Llanos; el de las segundas, más heterogéneo, formábanlo indios montañeses de la Serranía, soldados peninsulares escapados de las derrotas y dispersiones y gente blanca de la más ínfima capa social; también colaboraban partidas de negros esclavos huídos, aunque éstos tenían poco valor como combatientes y no se podía

contar con ellos para operaciones de conjunto por su poca consistencia y su predisposición a la fuga.

El indio llanero, el soldado de Bobes, descendía de las tribus caribes que defendieron la tierra contra los conquistadores y nada tuvieron que envidiar a los araucanos de Chile en cuanto a heroísmo, astucia y fiereza; la resistencia de estos indígenas acabó cuando acabaron los últimos varones de la raza; del exterminio sólo quedaron con vida los niños y las mujeres, no sin que en la prolongada contienda pereciesen multitud de capitanes y soldados españoles de los más bravos, pues en ninguna porción del continente americano encontraron los invasores un obstáculo tan irreductible como el que ofreció la raza caribe.

Los llaneros venían de aquellos niños que se salvaron al extinguirse sus padres, y de las indias supervivientes, que se cruzaron con otras tribus y con españoles; con la raza negra, jamás. Sus rasgos físicos no eran desagradables: estatura regular, muy esbeltos y proporcionados, cabeza redonda, frente pe-

queña, color cobrizo, tirando a blanco; pelo negro y laxo, sin canas aun los más viejos; ojos bellos, de largas pestañas, lagrimal cerrado, pero no como los mejicanos y los chinos, porque descubría entera la pupila; pequeña la nariz y bien formada, boca grande, luciendo blanquísima y fuerte dentadura; se cortaban el pelo en cerquillo, como los frailes.

Las mujeres eran esbeltas, menudas, de pechos pequeños, pero altos y firmes; orejas diminutas y bien dibujadas; la hermosura de su cabellera, que llevaban suelta, y el andar armonioso y grave e indolente, les daba cierto aspecto de majestad. Antes de civilizarse un poco no daban importancia alguna a la virginidad, siendo libres mientras solteras; en cambio, la infidelidad conyugal no se conocía; su temperamento frío se adaptó pronto a las costumbres cristianas en cuanto a castidad.

Parece, según los sabios que estudiaron las características de la raza caribe, que ésta resulta un producto del mongol y del ario: fué conquistadora y se apoderó de la Tierra Firme, aniquilando o expulsando a las tribus aborígenes, y cuando estaba al terminarse su

completa dominación apareció el conquistador español e hizo con el fiero caribe lo que el caribe hiciera con las demás razas.

Se adaptaron a la civilización sin perder su carácter altanero; hiciéronse diestros en montar a caballo, criar ganado, manejar las armas; fueron inapreciables por amigos y terribles como enemigos. Muy superiores al famoso gaucho argentino, lo demostraron luego de la independencia, derrotando a los reyes de la Pampa; la magnitud de su bravura y su coeficiente de resistencia física no tenían límite.

Este era el soldado que siguió a Bobes en su campaña triunfal.

Los oficiales de Bobes eran dignos de tales soldados: el primero, Morales, había nacido en Canarias, y procedía de soldado raso de Infantería del ejército español; su larga permanencia en Venezuela le dió un gran conocimiento del terreno y de los hombres; tan cruel como todos, leales e insurgentes; pero buen soldado, dentro de su incultura general, porque no desconocía el arte de la guerra y el de mandar con acierto en campaña.

El jefe de vanguardia llamábase Ramón González; también había sido soldado y desempeñaba el puesto de honor con suma competencia, marchando siempre a doce horas de distancia del grueso, con lo cual demostraba Bobes poseer el verdadero empleo de las grandes vanguardias de caballería. De este oficial no dicen los historiadores americanos las pestes que de los otros, por una circunstancia que le granjeó la gratitud de Caracas: se anticipó un día a la entrada de Bobes en la capital, y no permitió a su disciplinada tropa el desmán más pequeño, llegando hasta recorrer las calles en compañía del arzobispo para tranquilizar la población consternada que esperaba el degüello que vengase las matanzas de españoles.

Los dos regimientos de Infantería, de tres batallones cada uno, mandábanlos Manuel Machado y Guía Calderón, hombres que apenas se han asomado humildemente a la Historia, a pesar de su mérito incontestable; y el batallón de preferencia, los cazadores, iba a las órdenes del valentísimo Rafael López. Todos estos leales españoles, los unos proceden-

tes del Ejército y los otros de modesta clase social, están tachados de ladrones, facinerosos, escapados de presidio y otras especies deshonrosas, en las historias americanas, sin que aparezca de ello comprobante del tamaño de un grano de trigo.

La caballería tenía a su frente coroneles y oficiales indios, extraídos de sus mismas filas: el inspector de esta Arma era Yáñez: un mozo de veinte años, español, dependiente de comercio en Caracas, y las funciones de segundo desempeñábalas Quero, un venezolano también bragado, al que casi odiaban más que a Bobes los insurgentes.

Las guerrillas, pareciendo que operaban independientes, no lo hacían más que cuando la realización de algún plan de conjunto se lo permitía; estaban también sujetas a la subordinación férrea impuesta por Bobes y tenía cada una marcada una zona de operaciones: Carlos Blanco merodeaba por los alrededores de San Carlos; Pedro Ramón, por Sarare; en San Felipe, el catalán Millet; en Coro, el capitán indio Reyes Vargas; Oberto, en Barquisimeto; Calzada y Puy, en Barinas; en la Se-

rranía, Inchauspe y Torrellas; Cerveriz, por Cartagena, y Rosete, que era de los más feroces y mandaba la más numerosa partida, por todas partes; con éste solían reunirse las guerrillas de Moxó y de *Chepito* González; todas se parecían a la langosta en que dejaban yermo el terreno donde asentaban unas horas.

Sin tan formidable organización Bobes no habría podido hacerse dueño absoluto de Venezuela, imponer en las ciudades y en los campos el reconocimiento de la sobernía española, aplastar todos los ejércitos levantados por Bolívar y vencer a éste y a todos sus generales.

Las atrocidades cometidas por estos soldados españolistas sólo pueden compararse con las que perpetraban los insurgentes; acostumbrados los historiadores americanos a hablar de la barbarie española sin que nadie les haya ido a la mano, construyeron sólo la mitad de la Historia, y les parecerá un sacrilegio la verdad de que si bárbaros fueron Bobes y los suyos, bárbaros fueron Bolívar y sus subalternos, con la atenuante para los es-

pañoles de que la barbarie nació en el decreto de la guerra a muerte proclamado por Bolívar, y de que defendían la lealtad y el derecho, mientras los otros, por una aberración de la Naturaleza, combatían contra su raza, contra su misma sangre, contra la memoria de sus padres y contra su patria, que era España. Españoles eran todos, sin que pudiesen dejar de serlo los nacidos en América, y por ser iguales, eran igualmente bárbaros: lo demostraron en la guerra separatista y lo siguieron demostrando después de la independencia con ejemplares tan castizos como Melgarejo, Rosas, Francia y con los asesinatos y persecuciones a los mismos que les habían traído la ansiada libertad; Bolívar mató más gente que Bobes, no porque fuese más cruel, sino porque tuvo más tiempo para seguir matando, ya que vivió doce años más; a vivir los dos igual tiempo, el balance sería idéntico.

Felipe Larrazabal, panegirista de Bolívar, historiador el más hispanófobo de todos, y tan sectario, que encuentra justificado el decreto de la guerra a muerte; describe en un cuadro convencionalista cómo España gobernaba a

América; no ha descrito cómo se gobernaba América a sí misma, luego de expulsar a los aborrecidos españoles.

¿Por qué no copiar un párrafo del historiador Irisarri, escrito, sin duda, en un momento de honrada sinceridad? Ello puede continuar el capítulo de Larrazabal acerca de cómo gobernaba España.

"Nuestros hombres mediocres no pueden perdonar a nadie el que sea superior a ellos: la envidia, el miedo, la venganza más injusta arma los brazos de los asesinos y mueren trágicamente los hombres que debían ser más respetados de los otros."

Bolívar no fué asesinado en Bogotá el 25 de septiembre de 1828 porque la Providencia no quiso que se cometiese aquel parricidio. Dorrego, gobernador de Buenos Aires, fué asesinado por Lavalle; Blanco, el presidente de Bolivia, por Ballivian; Monteagudo fué asesinado en Lima por un vil instrumento de ajenas venganzas; el general Guerrero lo fué traidoramente en Méjico; los generales Armaza y Quirós, en el Perú, con la mayor barbaridad, así como Bermúdez en Cu-

maná; el general Serviez, en los llanos de Apure; el general Carvajal, en Casanare; el general Heres en la Guayana, y los generales Mires, Castillo y Otamendi en Guayaquil; Morazán murió asesinado en Centroamérica por los mismos en quienes debía tener más confianza; Portales, el ministro de Chile, fué asesinado por el hombre que menos debía ser su asesino (el historiador se olvida de Sucre, gran mariscal de Ayacucho, asesinado por el general Ovando, por la mano del coronel Morillo y del comandante Errazu, ¡qué general y qué jefes tan honorables!) Pero prosígase con otro párrafo:

"En todas partes (de América) vemos los partidos armarse unos contra otros, proclamando los mismos principios, invocando la misma justicia, quejándose de las mismas violencias, asesinándose con los mismos pretextos y *escandalizando al mundo con las mismas calumnias*. El que vence tiene razón mientras le llega su turno de ser vencido. La fuerza y la traición, y casi siempre la mala fe, son las que consiguen dar a cada país de estos algunos meses de sosiego; pero muy

pronto los nuevos intereses que se crían, las nuevas ambiciones que se forman, los descontentos que nacen de la misma falta de principios divide el partido vencedor, y salen de éste los nuevos ejércitos que deben continuar la devastación de los infelices países."

Basta; tras ver este sucinto cuadro, ¿hay derecho para adjudicar a la barbarie española la justificación de la independencia americana? Evidentemente, no; ¿hay razón para llamar bárbaros a los soldados y guerrilleros de Bobes? Evidentemente, sí, pero sin excluir del concepto a los generales y soldados de Bolívar. La Historia debe escribirse por partida doble; lo demás no es historia, sino cuento chino.

VIII

BIOGRAFÍA DOCUMENTADA DEL CORONEL DEL EJÉRCITO DON JOSÉ TOMÁS BOBES Y DE LA IGLESIA

Todos los historiadores americanos están unánimes en consignar que Bobes no se llamaba Bobes, sino Rodríguez; que este ser fantástico o verdadero de José Tomás Rodríguez cambió su apellido por el de Bobes al cambiar su vida criminal y aventurera de pirata, corsario y contrabandista por la honrosa y tranquila de tendero en mercería y tratante en bestias; todos coinciden en que la lucha con los elementos y con los hombres curtieron el alma y el cuerpo del pilotín Rodríguez dando a aquélla la fiereza de un animal salvaje y a éste la fuerza y resistencia de la fiera.

Todos afirman que, cogido el pirata asola-

dor de la costa venezolana, abriósele proceso, y condenado a horca, valedores, que nunca faltan a los bandidos valientes, lograron conmutar pena tan grave por la de confinamiento en la ciudad de Calabozo, lugar, por cierto, no muy desapacible para castigo, pues era uno de los más ricos y simpáticos pueblos de la provincia, a caballo sobre el camino de Caracas y con un buen tráfico comercial.

"La comedia e finita"; su trama, producto de la fantasía tropical y del deseo de rodear de oprobio la memoria del vencedor de Bolívar, desaparece sin dejar siquiera un asomo de duda. Ni Bobes se llamó jamás Rodríguez, ni fué pirata, ni estuvo procesado, ni lo condenaron, naturalmente, a pena alguna, ni se le confinó en Calabozo, que no era lugar a propósito para confinamiento.

Es muy posible que existiese algún José Tomás Rodríguez, autor de las habilidades que cuelgan a Bobes sus detractores; es muy posible también que los que incurrieron en el error de referencia lo hiciesen de buena fe y creyendo que un hombre del temple del caudillo de Los Llanos no podía menos de haber

sido corsario y terror de los mares; lo que no es posible es que en la información practicada en España y avalada por organismo tan meticuloso y serio como el Consejo Supremo de Guerra no apareciesen los antecedentes desfavorables del coronel, siendo tanto más fácil su aparición cuanto que había ya muerto y no podía el temor cerrar las bocas de sus contemporáneos.

El que Bobes no se llamó nunca Rodríguez lo demuestran la partida de casamiento de su padre, la de bautismo de José Tomás y la de óbito del padre.

En el libro de bautizados de la Parroquia de San Isidoro el Real, de Oviedo, al folio 26 vuelto, del año de 1782, se halla la inscripcripción siguiente:

"En esta iglesia parroquial, a diez y ocho del mes de septiembre de 1782, don Juan Conchés, mi teniente, bautizó solemnemente un niño que nació dicho día. Llamóse José, Tomás, Millán, hijo legítimo de mis feligreses Manuel de Bobes, natural de la Parroquia de San Tirso el Real, de esta ciudad, y de

Manuela de la Iglesia. Fué su padrino Alonso Alvarez, vecino de dicha ciudad, advirtiéndole el parentesco que contrae.—*José Agustín de Lago.*" (Hay una rúbrica.)

La partida de casamiento, inserta en el folio 121, ofrece una particularidad: consigna los apellidos de padre y madre del contrayente y de la cónyuge no dice más que su apellido La Iglesia, sin mencionar padres, de donde parece inferirse, en relación con este último apellido, que la esposa era de la Inclusa y no tenía padres conocidos. Como testigos figuraron José Díaz de la Argua, Francisco Fernández de Juncal, Francisco Tamargo Argüelles y José Díaz Estébanez. Era cura párroco don Manuel González Ahuja.

En el libro de fallecidos de la misma Parroquia consta la partida de defunción de Manuel de Bobes, que vivía en el número 2 de la calle del Postigo. Murió el día 26 de enero de 1787, sin testar, por no ser necesario, y dejando tres hijos: María, Josefa y José Tomás; se le enterró en la iglesia del convento de San Francisco.

De estos tres documentos irrebatibles e indudables se deduce que Bobes era bien Bobes, y no Rodríguez; que los apellidos del padre eran Bobes y Fernández, y los de la madre La Iglesia, que es común a los recogidos por la inclusa de Oviedo, no apareciendo un Rodríguez por ninguna parte, ni aun en los padrinos de boda y de bautizo.

Despréndese también que el padre de José Tomás murió pobre, porque no necesitó hacer testamento, y que su familia debió ser de hidalgos por indicarlo, primero la partícula *de* antepuesta al apellido, y segundo su enterramiento en una iglesia de un convento, donde las sepulturas o se pagaban —y la viuda no lo haría, pues quedó falta de recursos— o eran propiedad de familias hidalgas por privilegio.

Dedúcese también que José Tomás Bobes quedó huérfano de padre a los cinco años de edad; que el difunto era hidalgo, y no de aquellos al estilo de Don Quijote, de solar, con lanza en astillero y puchera con duelos y quebrantos los días festivos, sino de los de gotera, que iban poco a poco mal vendien-

do sus bienes y acababan ateniéndose a un destino de amanuense cuando ya la edad les hacía ineptos para otros menesteres más briosos.

Casó con una humildísima mujer que por carecer hasta de padres carecía; pero, en cambio, la había dotado Dios de bonísimas cualidades, como el valor para enfrentarse con la vida, la honradez para vivir respetada y la laboriosidad para que no faltase nunca el pan en su triste hogar; en la vida de su hijo vénse heredadas estas condiciones morales. No hay posibilidad de averiguar si la abnegada viuda fué hermosa; pero sí se conoce que poseía una voluntad firme, que también era característica de su hijo.

La biografía de Bobes, desde su niñez hasta su heroica muerte, no ofrece, para ser escrita, dificultades insuperables. El Archivo General Militar de Segovia, la información abierta en Oviedo, a solicitud de la madre viuda, el expediente instruído por el Montepío Militar y el incoado por el Consejo Supremo de Guerra, los partes oficiales insertos en la *Gaceta* de la Regencia y en la de Madrid de

los años 1813 y 1814, respectivamente, y las numerosas cartas particulares de asturianos residentes en Venezuela, son material abundante y precioso para dibujar sin deformaciones la silueta moral del hombre y hasta reconstruir el Diario de su vida.

Los aficionados a leer papeles viejos encontrarían muy gustoso entretenimiento si entre estas páginas se integrasen la multitud de documentos oficiales y particulares pertenecientes al personaje objeto de este libro —personaje, pese a su procedencia humilde—. Estos papeles, con la ortografía de la época y el ceremonioso *Vuestra Merced* que campea en los escritos, tienen cierto aroma, como el del vino añejo, muy deleitoso a paladares delicados; pero no es posible abusar de ellos sin que decaiga el interés por el protagonista. No obstante, junto o cercano a la partida de bautismo, no parece fuera de lugar el certificado de defunción, expedido en esta forma:

"Don Josef Ambrosio Llamozas. Dignidad de Tesorero de esta Santa Iglesia Metropolitana, caballero comendador de la Orden Ame-

ricana de Isabel la Católica, condecorado por S. M. el Rey cristianísimo el Rey de los franceses con la Flor de Lis.

"Como Vicario y Capellán primero que fuí del Exército de S. M. en Barlovento, certifico en debida forma que el Señor Don Josef Thomás Bobes, Coronel de los Reales Exércitos y Comandante general de aquella División, falleció en la acción que dimos en las inmediaciones de Urica, a primeros de diciembre de 1814, cuyo cadáver conduje yo mismo del campo de batalla, en compañía de Andrés Tomé, Juan Esteban Belázquez y Don José Sánchez Correa; y le di sepultura en el primer tramo de la Iglesia parroquial del pueblo de Urica. Y para que conste, lo firmo en esta Ciudad de Caracas, a 4 de diciembre de 1816."

Entre la inscripción del libro de bautizados de San Isidoro, de Oviedo, y el enterramiento en la Parroquia de Urica han transcurrido treinta y dos años, una vida muy corta, que se desliza suavemente sobre un plano de vulgaridad, y cuando va a extinguirse adquiere

proporciones gigantescas y un fulgor tanto más intenso cuanto menos tiempo ha de durar. No quiso la desgraciada suerte de España, en la rápida pendiente de su decadencia, que este hombre singular pudiese con sus fuerzas de Sansón contener el derrumbamiento de las colonias. Y no se diga que era fatal el suceso de su pérdida, porque si parecía prendido con alfileres el dominio español en los últimos años del coloniaje, obedecía a no haber encontrado ningún capitán capaz de balancear el genio de Bolívar. Bobes, muy superior a su adversario y con la fuerza moral de haberlo vencido, habría sido el único en cuyo derredor se hubieran agrupado los que formaban mayoría, en un principio, partidarios de España y luego, poco a poco, fueron trocando la escarapela de sus sombreros, convencidos de que España los abandonaba a sus propias fuerzas.

Los biógrafos de todos los hombres célebres descubren en la niñez de sus biografiados rasgos que hacen presagiar la grandeza de sus vidas: la infancia de Bobes y los primeros años de su juventud nada ofrecen que

haga adivinar las dotes desplegadas en tan breve tiempo por el caudillo españolista. Un muchachito formal, estudioso, sin ningún destello de gran inteligencia, que asiste a la escuela primaria puntualmente, que se hace querer de sus maestros y condiscípulos por su carácter dulce, que entretiene sus asuetos jugando a juegos de agilidad y de fuerza, como todos los chicos y que adora a su buena madre porque ve en ella un ejemplo de sacrificio constante para llevarlo decentemente vestido, como corresponde al hijo de un hidalgo.

Es necesario conocer las preocupaciones de aquellos tiempos, en punto a sostener las jerarquías sociales. Quedaba la pobre viuda sin más recursos que su buen ánimo y sus fervientes ansias por sacar adelante a la prole; pero más interesada en el porvenir del único varón, por las mismas preocupaciones de casta. Lavando ropa de familias pudientes, encerando los pisos de castaño en las casonas próceres y trabajando allí donde podía añadir algunos maravedises a sus diarios estipendios, conseguía que el puchero hirviese

con algunos trozos de carne y las *fabes* se acompañaran del sabroso *llacon;* llevaba a los huérfanos limpios como los chorros del oro, y acostábase muy tarde, madrugando mucho y trajinando todo el día: pasaron los años, creció el heredero de la casa, y hubo que pensar en ponerlo a oficio o darle una profesión decorosa, ya que las carreras liberales y los destinos de caballero eran pensar en lo excusado, por la falta de medios.

El ofrecimiento de una costurera de Gijón para colocar en su taller a la hija mayor, marcó un rumbo a la familia, que trasladó sus trebejos a la industriosa villa, ya entonces con más facilidades que la señorial Vetusta para ganarse la vida en el puerto o en el comercio. El mar atrajo al jovenzuelo con el espejismo de sus riquezas esparcidas por el muelle, ora en enigmáticos fardos que debían contener tesoros incógnitos a la curiosidad del rapaz, ora en la plata resplandeciente del pescado que arrojaban los barcos.

Cambiaron las diversiones infantiles del muchacho con el primer chapuzón que le dieron sus nuevos camaradas en la playa; al su-

birse a pulso en los árboles de las pumaradas ovetenses sucedieron las zambullidas en las aguas del puerto y el nadar hasta perderlo de vista; no necesitaba más el mozalbete para desarrollar sus músculos de acero y ensanchar el amplio tórax, donde latía un corazón de bronce. Decidida la vocación, eligió el oficio de marino; fácil era enrolarse como grumete, pero la madre ambicionaba para su hijo algo mejor que la aperreada vida de pescador o de marinero. Un poco había aumentado el jornal con la venta de pescado y las propinas de la aprendiza de costura; ello permitió ingresar a José Tomás en el Instituto Real Asturiano, cuyo centro docente recibía estudiantes de la mejor posición social; allí, gracias a los desvelos y trabajos de su madre, estudió y aprobó con buenas notas aritmética, álgebra, geometría, trigonometría y náutica.

Se ha descrito a Bobes como un analfabeto completamente ineducado, ignorante hasta el extremo de no saber hablar correctamente, atribuyéndole que cuando mandaba matar a los prisioneros decía a los ejecutores que no les diesen más que el tiempo preciso para re-

zar un *creo*, y de este detalle infieren que al decir *creo* y no *credo* careció el feroz asturiano de los rudimentos del habla castellana.

Puede ser esta imputación tan falsa como la de llamarse Rodríguez, pero aun siendo verdadera no significaría sino que Bobes decía en castellano el nombre latino de la oración, con lo cual habría demostrado ser más purista que un académico de la lengua.

Hasta en estas nimiedades se fijan los historiadores americanos para presentar a Bobes con todas las trazas de un bruto.

Ciertamente, no era un retórico, ni un orador, ni escribía con brillantez; pero no debió de ser tan inculto cuando conocía las matemáticas y la ciencia de navegar y, lo que es más difícil, la de conducir multitudes a la victoria.

En la información incoada en Asturias, a solicitud de Manuela de la Iglesia, madre de Bobes, declara don Diego del Cayón, profesor de Náutica en el Real Instituto Asturiano, diciendo "que conoció a Bobes con ocasión de prepararlo para piloto, de cuyos estudios salió con las mejores notas, a satisfacción de

todos sus profesores por su aplicación y talento, habiendo asistido a la cátedra con toda puntualidad y buena conducta".

Desvanécese, pues, la figura romántica, pero repulsiva, del condenado a horca por pirata, bruto incapaz de otros instintos que los del crimen e inculto y sin saber hablar en castellano: quizá los espíritus suspicaces lleguen a pensar que si efectivamente no se apellidó Rodríguez pudo ponerse este apellido para, como nombre de guerra, practicar el bandidaje marítimo, y ocultar el suyo verdadero para librarle de la deshonra. En este caso no se habría contentado con cambiar de apellido, porque sus nombres de pila José Tomás le denunciaban; además, el Rodríguez, como nombre de guerra, no parece muy sonoro para elegido por un novelesco corsario.

En esta parte de la vida de Bobes no existe nada romántico: todo es vulgar y llano y honrado; para que surja el héroe es necesario que un cobarde le ponga la mano en el rostro, después de haberlo atado y sentir en la planta de los pies el calor de la sangre de españoles degollados como carneros.

Ya tiene el rapaz su título de piloto en el bolsillo y abiertas las puertas del porvenir; es sano de alma y fuerte como cualquiera de los corpulentos robles que sombrean los caminos de Asturias; sólo le falta acomodo en alguno de los barcos que hacían viajes de altura y no era difícil que lo hallase en Gijón, donde tanto lo conocían por sus buenas prendas y con la recomendación de sus profesores. Algo mejor le aconsejaron éstos: la Real Armada anunció exámenes para pilotos y al Ferrol acudió el nuevo marino, y el Arsenal, tras de airoso examen le confirió el empleo de piloto de segunda clase, que llevaba aneja la graduación de oficial. Los graduados, en la Marina Real, no eran propiamente oficiales, sino clase intermedia entre marinería y oficialidad; Bobes se vió, pues, incluído en una categoría social que hacía honor a la abnegación de su querida madre.

Antes de embarcar en los bajeles correos de Su Majestad que hacían la carrera de Acapulco, quiso dar un beso de despedida a su familia, y se presentó en el humilde y pulcro hogar vistiendo la chaquetilla azul de botón

de ancla y ostentando los dorados galones de su jerarquía; todo su afán consistía en libertar a su madre de la galera de trabajo en que venía remando la valerosa mujer desde su viudez; quedó acordada la asignación que había de recibir y despidióse de los suyos para siempre; la pobre madre no volvería a ver más a aquel hijo que ahora era su orgullo y el mayor premio a su cariño maternal.

IX

CONTINÚA LA BIOGRAFÍA DE DON JOSÉ TOMÁS BOBES

NINGUNA noticia es fácil encontrar de la permanencia del joven piloto en los bageles del Rey y no es extraño el caso; la destrucción de nuestra armada por los ingleses como política sistemática y los desgraciados combates del Cabo de San Vicente y de Trafalgar dieron cuenta de casi todo el Cuerpo de la Marina de guerra; muertos o prisioneros o desaparecidos los oficiales, mueren con ellos las posibilidades de certificar los servicios de Bobes y el paradero de su documentación. Sin embargo, entre los papeles desperdigados se halla un documento de don Benito Palermo Martínez Somonte, presbítero y arcipreste de

la diócesis de Oviedo, que arroja bastante luz sobre este período indocumentado; dice dicho cura haber sido capellán de Su Majestad en los correos marítimos, donde conoció a Bobes, como a otros varios asturianos marinos en los bajeles del Rey; que Bobes se licenció del servicio de la Armada en Coruña con el título de piloto primero, tomando el mando de un bergantín mercante, propiedad de la razón comercial Pla y Portal; que esta casa poseía varios buques, unos destinados al cabotaje en España, y otros, al de la costa de Tierra Firme y comercio con Puerto Rico, Cuba, Curaçao y Trinidad, siendo de esta última carrera el bergantín *Ligero*, al mando de Bobes, y cuyo segundo y otros marineros eran catalanes, por ser la casa de armadores catalanes, y gallegos y que el citado segundo era un tortosino nombrado Vicente Calderó, de la misma edad de Bobes, y sucedió a éste en el mando del bergantín, y por ser muy su amigo traía a la casa central de la Coruña el dinero de la asignación que ésta pagaba a doña Manuela de la Iglesia por comisión de Bobes.

Que en la Guaira, después de dos años al servicio de la razón Pla y Portal, dejó la marina, y nombrado representante corresponsal de dicha casa, se estableció por su cuenta en el comercio del pueblo de Calabozo, y puso allí un almacén y amplió luego su comercio a tratar con los indios del Llano en el tráfico de caballos y mulos.

Que por su honradez y desprendimiento había logrado mucha influencia y prestigio sobre los indios, pues nunca los engañaba, como hacían otros comerciantes, y limitaba su propia ganancia a lo menos posible, repartiendo entre los ganaderos indios casi la totalidad de la venta.

Que por su valor y su fuerza, demostrados de continuo en la vida del campo, así como por su carácter amable y por su consejo desinteresado, se había hecho querer de todos los indios, y en muchas leguas a la redonda era conocido por el nombre de Taita, que significa señor, amo, padre o jefe.

Que todo esto lo sabe por la amistad que sostiene con el marino Vicente Calderó, capitán del bergantín *Ligero*, cuyo barco rin-

de viajes semestrales de Caracas a Coruña y de Coruña a Gijón, y trae gaceta y cartas de muchos asturianos de América.

La gesta heroica no aparece por ninguna parte; el *caso* de Bobes es hasta ahora un vulgarísimo caso, aunque no sea tan frecuente ser buen hijo y honrado ciudadano. La declaración de don Eugenio García Sala y Valdés, regidor perpetuo de la villa de Gijón, no deja la menor duda; habla de la familia Bobes, hidalga, pero pobre, y de doña Manuela, plebeya de nacimiento y noble de conducta; los considera honradísimos y muy estimados en Oviedo; la declaración tiene fecha 26 de enero de 1816, y añade en ella, con palabras textuales: "Don Manuel, difunto hace muchos años, había sido empleado del Concejo, y al morir fué su viuda a residir a Gijón, donde le ofrecieron trabajo varias personas en consideración a su viudez y pobreza y a tener tres hijos. Sin embargo de la penosa situación, costeó los estudios a su único varón, José Tomás, el cual sufrió los exámenes correspondientes con lucimiento y aplauso de sus profesores. En seguida marchó al Depar-

tamento del Ferrol y obtuvo título de pilotín, embarcando en los bageles de Su Majestad y licenciándose con grado de capitán mercante. El citado José Tomás fué durante su juventud modelo de hijos, sin vicio alguno, obediente, sumiso, de carácter apacible, tanto en los estudios como en el servicio del Rey; era querido de sus superiores y marineros; enviaba a su madre la mayor parte de su soldada, quedándose él con lo preciso para vivir. Todo esto lo sabe por la Manuela de la Iglesia, que iba a la casa del declarante a coser y a otras faenas domésticas."

Tan interesantes declaraciones figuran en el expediente de la contaduría del Montepío Militar del disuelto Concejo Supremo.

He aquí la fiera dormida; el león de Los Llanos ignorando sus propias garras; el furor oculto entre sentimientos de ternura; la férrea voluntad dedicada por entero al trabajo y al bien: prosigue la vulgaridad y la insignificancia.

En la anteúltima declaración surge un nombre, en nada relacionado con las hazañas épicas del futuro caudillo; no obstante, tales su-

gerencias despierta, que quizá un paréntesis dedicado al asunto no encontraría más apropiado encaje que la vida y aventuras guerreras de Bobes.

Vicente Calderó, marino, catalán de nacimiento, es una figura insignificante; pudo muy bien no influir absolutamente nada en la historia de la primera guerra carlista, pero pudo también determinar una vocación que había de causar muchos estragos y mucha sangre. Quédese, pues, un momento el comerciantes Bobes ordenando la instalación de su almacén en la calle principal del pueblo de Calabozo y dé el lector un salto en el tiempo y en el espacio, como si le llevara un hidroplano transoceánico, para trasladarse a Tortosa en los primeros albores de la guerra civil.

Calderó, con la pequeña fortuna amasada en los viajes de América y propietario de un falucho de cabotaje, casó en Tortosa con María Griñó, madre viuda de don Ramón Ca-

brera, primer Conde de Morella y tres veces laureado de San Fernando.

Pero en aquel instante el futuro tigre del Maestrazgo era un exseminarista a quien el obispo habíale aconsejado no ordenarse, en vista de su genio turbulento y su afición a dirimir a puñetazos con sus camaradas, o con quien fuese, las diferencias de criterio; no se llevaban mal el entenado y el padrastro, que fué un segundo padre para Cabrera; salían juntos de noche —quizá para evitar al mozo compañías peligrosas—; frecuentaban la tertulia del capitán del puerto, viejo lobo de mar, aficionado, como todos los viejos militares, a relatar sus recuerdos de la juventud.

Hasta aquí el hecho primitivo, de las tertulias nocturnas, constante en todas las biografías de don Ramón Cabrera; la sugerencia es incierta, pero más que probable; sería natural que Calderó refiriese, puesto que de referir proezas se trataba, las que había realizado su amigo y *combarcano* Bobes en Venezuela, y como el tema se prestaba a encender con resplandores de gloria una imaginación

juvenil predispuesta a recoger los destellos de las aventuras militares, ¿es aventurado suponer que los episodios de la guerra separatista despertaran en el alma del ex seminarista tortosino la vocación irresistible de soldado?

¡Se parecen tanto el león de Los Llanos y el tigre del Maestrazgo! La astucia para substraerse a la persecución mientras no contaba con probabilidades de vencer; la habilidad para atraer al enemigo al terreno elegido de antemano; la adoración inspirada a sus gentes; la irrefrenable afición al riesgo personal; la voluptuosidad de cargar al frente de la caballería; la organización de sus tropas en actividad y en descanso periódicamente, enviándolas a sus casas *a mudarse de camisa;* la disciplina, llevada a un rigor inconcebible; la crueldad implacable con los prisioneros y con los poco afectos a la causa, y hasta el origen de esta crueldad, fundada en la de los enemigos; el motivo de tanto furor, en Bobes, abofeteado, arruinado, perdido el fruto de muchos trabajos y privaciones; en Cabrera, el bárbaro fusilamiento de su inocente y anciana madre; en los dos, la guerra a

muerte declarada por Bolívar y por Espoz y Mina.

Los puntos de contacto de las dos terribles figuras parece como si los hubiese creado la admiración y la imitación; Cabrera imitó a Bobes en muchísimas cosas; fué, como Bobes, un estratega superior a todos los generales carlistas y cristinos; un táctico, cual Bobes, manejando las armas de combate con arreglo a los más puros principios del arte militar, y un organizador del país, con sus autoridades locales y su espionaje perfecto, su administración integérrima y su servidumbre a todo el talante del caudillo.

Cabrera luchaba contra los cristinos y por un Rey completamente estúpido, entregado a los obispos de su corte trashumante; Bobes, contra un capitán general tonto, egoísta y celoso de sus subordinados. Ambos eran geniales, heroicos, bárbaros, intransigentes, fríos en las represalias y ardorosos en la pelea; los dos servían a Monarcas de distintas cualidades, pero de resultancias idénticas, porque si don Carlos era bueno, pero inepto, don Fernando VII no era inepto, pero era

más malo que un dolor; los dos también daban una importancia secundaria a sus Monarcas respectivos; en Cabrera la causa consistía en el absolutismo político; en Bobes, en la integridad de la Patria. Mas el león era superior al tigre, armonizándose con la grandeza de la causa; por eso Cabrera tuvo que rectificarse en las postrimerías de la vida y se hizo liberal; Bobes no se rectificó: vivió en español y en español supo morir.

La novedades de la guerra de la Independencia en España sorprendieron al almacenista de Calabozo enfrascado en negocios comerciales, pero más atento al tráfico de bestias, cuya actividad y vida libre ejercían una atracción sobre su naturaleza rebosante de energía; como marino y como hijo de Asturias, donde la raza caballar no tiene aficionados, jamás le había echado los calzones a una silla de montar; los caballos de Venezuela, más caballos aún que los de Chile y la Argentina, conservaban los rasgos broncos de la an-

tigua raza andaluza y extremeña: ni se entregaban al primer inexperto ni eran fáciles de domar. Bobes, en sus viajes por las aldeas indias, veía con envidia aquellos estupendos jinetes saltar las altas talanqueras de los potreros, arrojarse intrépidos por las barrancas, volar por las llanuras y revolver sus jacas sobre las piernas. La pasión de montar se apoderó de todos sus sentidos; su valor le dió ocasión para asombrar a sus maestros los indios, y pasándose a caballo las jornadas de sol a sol, tardó poco en ser el más valiente y loco jinete de Los Llanos; las largas caballadas conduciendo ganado y las prolongadas estancias en las aldeas exigían una persona de confianza al frente de la tienda. Un indio muy viejo, muy leal, muy inteligente, substituyó al dueño en las constantes y dilatadas ausencias; el pacífico comerciante se pasaba los días, de sol a sol, a caballo, durmiendo donde le cogía la noche, recorriendo los valles, las montañas, los bosques, las llanuras, bien ajeno a que iba atesorando condiciones para representar el papel que la suerte le tenía reservado en la tragedia próxima.

Los tan repetidamente enunciados historiadores no dejan de inferir a Bobes el agravio de atribuirle haber servido en las filas de los primeros insurgentes con el empleo de capitán; no lo demuestran ni con el más pequeño indicio; no existe un solo dato que lo pruebe; no consignan con qué cabecilla estuvo ni lo que hiciera; cosa extraña, porque donde estuviese un hombre de tales cualidades no podía menos de distinguirse; la aseveración debe ser tan falsa como la de llamarse Rodríguez.

Pudo muy bien, cuando en Venezuela se formaron las Juntas a imitación de las de España para conservar el territorio al *amado* Fernando, ingresar en las muchas milicias que se formaron y en las cuales alistáronse todos los españoles; aquellas Juntas, que en la apariencia eran un hervor de patrotismo español y de monarquismo fernandino, fueron la tapadera de los revolucionarios; se apoderaron del Poder, arrabatándolo a las manos vacilantes e indecisas de las autoridades, y ya en posesión de todos los resortes de la acción, trajeron de Londres a Miranda, agente de Inglaterra más que partidario de la se-

paración venezolana, y arrojando la máscara, proclamaron la independencia y se adueñaron por completo del país, a cuyo frente, como dictador y generalísimo, pusieron al fantasmón que habían traído. Miranda, por mucho que lo haya querido ensalzar la literatura partidista, fué solamente un aventurero mediocre; capitán de Infantería española en el regimiento de Aragón, desertó a Francia, donde sirvió con más fortuna que merecimientos, y luego se puso al servicio de Inglaterra, cuya nación, enemiga inveterada de España, era en Europa nuestra aliada y en América nuestro formidable adversario; y se da el caso asombroso de que fuese el mismo Wellington, que mandaba en jefe los ejércitos españoles, quien planeó y propuso al Gobierno inglés la expedición de 10.000 hombres que, mandada por él había de desembarcar en Venezuela para los fines de expulsar a España de su dominio americano. Inglaterra utilizó a España para vencer a Napoleón y a los insurgentes americanos para aplastar a España; los españoles, agradecidos a tanta doblez, le otorgaron la grandeza, un título de Duque, el Toi-

són, todas las condecoraciones habidas y por haber, y de añadidura fincas magníficas, tierras espléndidas cuyas rentas cobran sus descendientes sin que un solo Wellesley haya pisado con sus honorables pies este país español tan ingenuo y tan generoso.

Pero esto es historia general, de sobra conocida, aunque no expresada con tanta crudeza; a pesar de todo, contribuye al fondo en que se mueven las figuras y explica la acción (un tanto censurable) de Bolívar al entregar a Miranda —que él había ido a buscar— al brazo secular de la justicia española, después de la inexplicable capitulación con Monteverde. La justicia española, que debió haber fusilado al excapitán del regimiento de Aragón, desertor al enemigo y traidor a su patria, se contentó con enviarlo a España y encerrarlo en presidio, lo cual no empece para que se acuse a España y a Monteverde de haber violado la capitulación y portádose cruelmente con Miranda, como si en las capitulaciones de guerra entrase la amnistía de delitos comunes cometidos muy anteriormente a la capitulación.

En plena efervescencia insurreccional, una partida insurgente reclutadora de hombres y elementos, entró en el pueblo de Calabozo; mandábala un joven apellidado Escalona, que ordenó una leva de todos los vecinos capaces de tomar las armas. Bobes, que desde el cobertizo de su almacén contemplaba indiferente las manifestaciones entusiastas de los insurrectos, recibió de éstos invitación a reunirse a las filas patriotas; y como se negara resueltamente, arrojáronse por sorpresa sobre él y atado de pies y manos condujéronle en una carreta a la cárcel, no atreviéndose nadie a soltarle las ligaduras, en vista de la lucha que para sujetarle había sido necesario emplear, y de la que salieron lesionados cuantos realizaron la hazaña.

Interesaba mucho a Escalona conquistar para la causa a un hombre del prestigio y popularidad de Bobes y se presentó en la habitación donde lo tenían preso y amarrado; la presencia del que Bobes consideraba autor de la tropelía, despertó la cólera del asturiano, y a los insultos de éste respondió el cabecilla con un acto nada caballeresco, ponien-

do su mano varias veces en el rostro del maniatado.

Mientras tan repulsiva escena tenía lugar, la hueste de Escalona sorprende algunas casas de significados españoles, y un grupo se lanzó sobre la del preso. Poca resistencia pudo hacer el viejo indio a los malhechores, pero sí la bastante para que su gallarda y leal actitud estimulase el furor de la turba: muerto quedó a tiros y machetazos el anciano servidor, vacío completamente el almacén, robada la casa vivienda, desaparecido el dinero y, poniendo fuego a los despojos, incendióse el inmueble y en montón de humeantes brasas se convirtió el esfuerzo y el trabajo de un hombre pacífico.

Aquellas horas fueron las últimas de la vulgaridad y la insignificancia: la fiera despertaba, los ojos inyectados en sangre, rojas las mejillas de vergüenza y crispadas las garras poderosas. A la sorpresa de acercarse tropas de la vanguardia de Monteverde con el indio Reyes Vargas debió Bobes no ser inmolado por la rabia de Escalona; libertado el preso, se le confirió en el acto el empleo de

capitán de caballería y el encargo de reclutar entre sus amigos los llaneros un escuadrón de lanzas.

¡Un escuadrón a los dos días recorre Los Llanos! Bobes se incorpora en Calabozo con un regimiento de 800 lanceros; también Monteverde por dondequiera que camina aumenta su fuerza con voluntarios que acuden de todas partes; la reconquista del territorio se realiza casi sin hechos de armas; todas las poblaciones se pronuncian por España; todas las gentes abominan de la dictadura insurgente; la incorporación de indios llaneros es tan numerosa que Monteverde, poco práctico en operaciones militares y embarazado con tanta caballería, prescindió de ella, separándose de Bobes, al que nombró comandante militar de Calabozo. Bobes licenció a sus lanceros a reserva de llamarlos si era menester y eligió unos cuantos para guarnecer el pueblo. Corrían los primeros meses de 1813.

Su actividad en el nuevo cargo y su encono contra los patriotas (la verdad es que cuesta trabajo llamar patriota a los insurgentes como si no lo fuesen los que defendían la in-

tegridad de la patria) se extendía a toda la llanura del Guarico. En una población llamada Espino, ribereña del Orinoco, descubrió un complot insurrecto. Cuenta el regente Heredia en sus *Memorias* que en la formación de la causa usaba Bobes un género de tormento nunca oído; hacer pasar a los acusados las angustias de la muerte tirándoles sin bala, con todo el aparato de una ejecución formal. Agrega este magistrado que por las repetidas quejas del vecindario acerca de la violencia y arbitrariedad de Bobes consiguió él del capitán general Cagigal lo sacara de Calabozo y lo destinase a conducir el refuerzo de caballería que se enviaba al ejército de Barlovento, en cuyo destino quedó a las órdenes de Cagigal, y dió comienzo a la enconada rivalidad con éste, porque no le aprobaba sus crueldades y saqueos.

Heredia, magistrado criollo, padre del célebre poeta más separatista del parnaso insurgente, nadaba entre dos aguas: no tomó partido por los patriotas, pero siempre los disculpó, procurando atenuar los rigores de la ley. También supone a Bobes incurso en

delitos de contrabando, pero sin detallar nada; inspiraba poca confianza a los españoles y no supo o no quiso definirse, como se dice ahora.

No es creíble que Bobes fusilase con pólvora sola: no se contentaba con asustar. En cuanto a la conducción de los refuerzos de caballería, consistió en la orden de incorporarse con sus llaneros que él sólo era capaz de mandar.

El tipo del regente Heredia, contemporizador en los momentos más graves, simpatizante, por afecciones, con los insurrectos, y poniendo obstáculos a la energía, ha sido muy frecuente en las guerras coloniales: el corazón estaba con sus paisanos, el cerebro con la lealtad jurada, y en conflicto tan desagradable entre su conciencia y su sentimiento, era víctima de su propia bondad.

Los tres meses que Bobes sirvió a las inmediatas órdenes de Cagigal fueron un martirio para el asturiano: nada más infructuoso, más inútil, más contraproducente que las operaciones proyectadas y ejecutadas siempre con la oposición y la protesta de Bobes:

le indigna la incapacidad de su jefe, le desespera su modo de mandar, le vuelve loco la credulidad y estolidez de aquel general, valiente, pero en completa vacuidad de cerebro y en absoluta ignorancia de los más rudimentarios conocimientos militares.

De desastre en desastre, se deshace el ejército de Cagigal; sus restos enciérranse en Puerto Cabello, donde quedan sitiados, y Bobes, con los 400 lanceros que le restan de los 800 que formaban su tropa se hunde en Los Llanos, burlando la persecución de múltiples divisiones por medio de una de esas marchas, que hace por sí sola la reputación de un capitán. Bolívar, victorioso, se erige en dictador: la guerra a muerte reina en Venezuela.

X

EL APOGEO DE BOBES

En las llanuras del Guarico, Bobes se entrega por entero a forjar el rayo que ha de destruir al Libertador; todo lo que le queda ya por vivir al león de Los Llanos entra de lleno en el terreno de la técnica; sus biógrafos tendrán que calzarse el coturno para declarar las victorias del héroe y engolfarse además en el prosaísmo de extender mapas, estados de fuerza y situación y cuadros logísticos, para describir las maniobras insuperables, las combinaciones estratégicas y la disposición de los combates, calculados con la precisión de un matemático. Guárdese todo ello a los estudiantes de *Res Militari,* porque la prolijidad del relato exigiría gruesos volúmenes.

El año 14 entra en la historia hispanoamericana bajo los arcos triunfales formados por la bóveda de las lanzas llaneras. Nadie entorpece la voluntad de Bobes; los jefes del ejército de España, no le pondrán inconvenientes, como siempre; Cagigal, inutilizado en su ratonera de Puerto Cabello; Ceballos, harto ocupado en sostenerse en Coro; Barreiro ha muerto fusilado; Antoñanza cayó honrosamente en el campo de batalla; Salomón, con su hermoso regimiento de Granada, del que no quedó ni la quinta parte, defiende, con salidas a la bayoneta tan gloriosas como desgraciadas, las fortificaciones de Puerto Cabello. Bobes está libre, no le manda nadie; va a desplegar sus alas de águila y a volar sobre Venezuela, escuchando el clamoreo de los vítores a España y a su *Libertador*.

Porque también este título tan fonético y sonoro le es adjudicado a él por haber roto las cadenas con que la dictadura de Bolívar oprimía al pueblo. En llegando a Los Llanos, un toque de llamada congrega a las multitudes: millares de guerreros le aclaman, y sin oír apenas los gritos que a otros hombres

desvanecen, no pierde el tiempo, ni se enerva con la alabanza, sale a campaña, y vence.

Otro general menos sereno habría marchado en seguida a levantar el sitio de Puerto Cabello, donde la autoridad superior estaba encerrada. Bobes adivinó que Cagígal suelto era un peligro para la causa española y que el sitio sería levantado por sí solo, batiendo a los ejércitos insurgentes. Bolívar, engolosinado con una entrada apoteósica en la única ciudad que enarbolaba la bandera de la metrópoli, envía sucesivas expediciones contra Bobes; todas son derrotadas y perseguidas hasta su exterminio: las poblaciones se entregan a la primera patrulla de lanceros que se aproxima; entre guerrillas y columnas, Bobes maneja 20.000 hombres sobre todo el extenso territorio venezolano; pero parecen 50.000, porque están en todas partes, y por todas partes dejan un lago de sangre y un recuerdo horroroso del saqueo.

Ahora es Bobes quien directamente se comunica con el Gobierno de la Península; la *Gaceta* de la Regencia publica sus partes oficiales, que se transmiten por las capitanías

generales de Cuba y de Puerto Rico, en cuyos países el nombre del León de Los Llanos se ha hecho popular. Los partes son concisos, sin rimbombancias ni literatura; sin nombrar al sol de Austerliz, que estaba de moda en todas las comunicaciones victoriosas.

En las esferas oficiales del Gobierno de la Península no es desconocido aquel apellido Bobes, con su modesta antefirma de comandante; mucho antes que los partes de las batallas, han llegado las quejas de Cagigal, del arzobispo, de los muchos laborantes más o menos encubiertos que le titulan el Atila, el azote de Venezuela y piden que a toda costa se le quite de encima la losa de plomo bajo la cual patalean encharcados en sangre; pero el Ministerio Universal de Indias contrasta las lamentaciones con los hechos reales: España recobra a Venezuela perdida; tras una batalla ganada por Bobes llega la noticia de otra victoria más decisiva: plazas, almacenes, artillería, repuestos, barcos, millares de prisioneros van cayendo en poder de Bobes, y ante resultados tan elocuentes, el Gobierno calla, se desentiende de los lamentos y deja obrar.

Las previsiones de Bobes se realizan punto por punto: Caracas se ha entregado luego de la batalla de La Puerta, y caen Valencia y Barcelona, y los sitiadores de Puerto Cabello se desbandan abandonando un inmenso botín de cañones, municiones, víveres. En la Cabrera perecen los restos de los ejércitos patriotas; en el Pao y en Cumaná entra Bobes espada en mano y en pocas horas no queda un ser vivo: los dispersos enemigos no tienen otro refugio que Maturín, y allí acuden y allí van a aplastarlos, como en todas partes.

¡Es interesante el estudio de esta campaña memorable tan parecida a las del Gran Capitán en Italia! Para dar una idea de la obra organizadora de Bobes basta el estado de fuerza y situación de su ejército en abril del año 14, cuando iba ya de vencida la victoriosa insurrección. Tenía en Valencia, 4.000 hombres de las tres armas; 1.000 en Maracay; 2.600 en Cura; 1.600 en Concejo; 1.000 en Los Teques; 2.000 en Barcelona; 3.000 en los alrededores de Valencia; 1.000 en Barquisimeto; en San Fernando del Apure una fuerte reserva de 8.000 hombres; 2.000 en

Barinas, y su columna personal, de fuerza variable según el objetivo y la importancia de la operación: había comenzado la campaña con 500 lanceros, sin infantería ni artillería, y casi sin armas y municiones.

Poseen los archivos militares tan espléndide colección de datos, que sería fácil reconstituir la liquidación detallada de nuestras guerras de América; en estos archivos figuran muchos partes firmados por Bobes; uno solo pinta la contextura espiritual del héroe.

"Excmo. Sr. Ministro Universal de Indias. Del 14 al 20 de este mes he tomado al enemigo en diversos combates que detallaré cuando tenga tiempo 4.000 fusiles, 200.000 cartuchos, 30 cañones de diversos calibres, tres lanchas cañoneras, cinco coroneles y 150 oficiales; todos han sido pasados por las armas; 4.000 muertos y 500 heridos; los del enemigo, 6.700 muertos. Sin más novedad; el resto de los enemigos correspondientes a esta división andan errantes por los montes. El autor de todos los males trató, con la interposición del señor obispo, de proponerme un convenio, al que no

accedo, por no considerarlo todavía oportuno. Dios guarde", etc.

Este parte transparenta la ferocidad de aquella guerra; la proporción entre los heridos y los muertos lo demuestra: de los heridos del enemigo no se da cuenta, ni se les incluye entre los muertos: sólo con soldados venezolanos, insuperables en valor, es posible una contienda tan furiosa. Y que Bobes no mentía ni exageraba en sus comunicaciones de guerra, antes se quedaba corto, demuéstralo la estadística publicada en la *Gaceta* de Caracas. La provincia de este nombre contaba en 1809 421.000 habitantes según los padrones eclesiásticos, únicos existentes: en los terremotos parecieron 13.000 y en la guerra ¡¡228,651!! Compárense estas cifras con los tantos por ciento de la guerra mundial y se verá que la que tanto ha impresionado al mundo era una bagatela al lado de la guerra venezolana, donde perder una columna la mitad de sus combatientes no ofrecía ninguna particularidad, porque otras perdían completo todo su efectivo.

Con los repetidos y fulminantes triunfos de Bobes no extrañará que lloviesen cartas desde todas las poblaciones de Venezuela, dirigidas generalmente por asturianos, a paisanos suyos de la Península y a la madre del vencedor. Una de ellas merece copiarse.

"La Guaira, 1 de diciembre de 1814.

Señora doña Manuela de la Iglesia.

Muy señora mía: Los hombres nacen sin saber su suerte; su hijo nació para la guerra; por ella hace felices a los buenos y castiga a los malvados con exceso. Yo, por mi parte, y viendo tan de cerca sus operaciones, me complazco, y así debe hacerlo Vuestra Merced, como madre. Doy a Vuestra Merced la enhorabuena, y a sus hijas también.

Ultimamente, me escribe su hijo desde su cuartel general, encargándome remita a Vuestra Merced seis fanegas de cacao, las que tengo embarcadas en el bergantín *Palafox*, que sigue a la Coruña y consigno a los señores Pla y Portal, con orden de que las pongan a su disposición, según aviso de este día.

El solo punto que falta al heroico Bobes para toda su conquista es Maturín; hoy oficia noticias muy placenteras. En fin, tome Vuestra Merced buen chocolate, que cacao no ha de faltarle.

Saludo a Vuestra Merced. Su s. q. b. s. p., *Lorenzo García Jove.*"

Admirable es también que en medio de su derrota general conservara el caudillo insurgente la moral elevadísima, que acabó por darle el triunfo, ayudado por el abandono de la empresa, en cuanto a España, ya que la Península dejó confiada la defensa de su causa a los mismos americanos. Una carta del coronel insurgente Montilla prueba con su macabro humorismo el temple de aquellos adversarios; dice de este modo:

"Cartagena, 7 de junio.

Señor general don Rafael Urdaneta.

Compañero y mal amigo: Habrá usted creído que estoy en crisálida o excomulgado. El excomulgado es usted, que está separado de la

comunicación de nosotros, los buenos, y próximo a caer en poder de Calzada. Dios le ayude y libre de tal suerte, porque morir a lanza fría es mala cosa.

Yo estoy, créamelo usted, amolado; pobre como Cristo, calenturiento, azorado, con un pie en la cárcel y otro en el destierro, etcétera, etc., etc. Ya sabrá usted que Caracas está en poder de las tropas de nuestro Soberano. Bolívar y Mariño en Jamaica; Florencio, mandando el Ejército; Mariano, Mera, Martínez y otros arrestados por Florencio; tres o cuatro fanegadas de venezolanos, presos en esta santa inquisición y otras noticias más o menos importantes.

No he tenido nuevas de mi muy caro y muy amado Calabozo. José Félix Rivas murió en alto puesto; el resto de su familia, a lanza, entre ellos Narciso Blanco, cuya barriga opuso fuerte resistencia a una de las mejores picas del Llano. Mis parientes, conocidos y aquella encantadora muchacha que usted no ignora, gozan de Dios, gracias a Bobes. Mi madre murió y yo estoy vivo, sin duda para algo bueno.

Adiós, escriba y mande a este su afectísimo duende, pues no sé que soy.—*Tomás Montilla.*"

El estoicismo de estas cartas es admirable: familiarizados con la muerte, los venezolanos toman a broma los lanzazos de los llaneros y a resignación el perder familia, amores, fortuna y libertad; españolistas y separatistas, leales e insurgentes, todos eran inmensos, todos dignos de ser recordados con respeto y admiración.

Repuesto Cagigal por Bobes en la capitanía general, lo primero que se le ocurrió a aquél fué poner en *planta orgánica* el único ejército de que disponía: el de Bobes; es decir, darle la estructura de tropas a la medida de su criterio rutinario; llamó a Caracas a la infantería y la vistió y equipó al modo regular, dando a sus regimientos nombres pomposos de granaderos de Fernando VII y otros por el estilo: Bobes, mal de su grado, aguantó la reforma de su infantería y el agravio de una revisión de grados de los oficiales, porque algunos eran indios que no sa-

bían leer, aunque sabían batirse como leones. Pero cuando Cagigal, animado por la sumisión de Bobes, quiso hacer lo mismo con la caballería, Bobes le desobedeció decididamente y no envió a Caracas un solo escuadrón, al mismo tiempo que daba queja al ministro de Indias de los descabellados proyectos de Cagigal.

El ministro, en nombre del Rey, resolvió el pleito, con una de cal y otra de arena; reprendía a Bobes por su desobediencia y lo ascendía a coronel en términos tan laudatorios y encomiásticos de su temerario valor y eminentes servicios que desvirtuaban la reprimenda. Además, encargó a Morillo —en vísperas de embarcar con la expedición de su nombre— diese a Bobes las gracias y le señalara regimiento y se asesorase de él en los casos pertinentes.

Bobes no llegó a enterarse de nada de esto, pues moría en la victoriosa batalla de Urica, cuando las velas de los barcos expedicionarios asomaban por el horizonte; no pudo, pues, entristecerse con el regaño del Monarca ni alegrarse con las frases de aquel documento en

que enaltece *su esforzado valor, sus gloriosos triunfos y sus grandes servicios, que el Rey quiere* honrar y premiar con toda *generosidad y munificencia.*

Dicen algunos historiadores americanos, para deprimir la memoria de Bobes, que el Rey lo insultaba en el Real Despacho de coronel. Como casi todo lo que refieren de Bobes, si se exceptúa la crueldad, confirmada por los mismos españoles, tales insultos no existen; precisamente el Real Despacho se extendió a consecuencia de que sin él no podría el Consejo Supremo otorgar a la madre viuda la pensión a que tenía derecho, y se extendió después de muerto Bobes, y se dirigió a la madre, resultando un documento rarísimo y seguramente sin igual ni precedencia; por su originalidad, merece ser conocido; el texto dice:

"Por cuanto atendiendo a los méritos y servicios del difunto Don Josef Thomas Bobes, comandante general que fué del Exercito de Barlovento, en la provincia de Venezuela, tuve a bien concederle en 6 de octubre de 1814, el empleo efectivo de coronel de Exer-

cito; y no habiéndosele expedido a su tiempo oportuno el Real Despacho, a consecuencia de instancia de doña Manuela de la Iglesia, en solicitud de pensión en el Monte pío militar, he mandado librar a su favor el presente con la antigüedad y abono de sueldo desde la indicada fecha.

Por tanto, mando al capitán general o comandante general a quien tocare dé la orden conveniente para se le considere como tal coronel efectivo que ha sido. Guardando y haciendo guardar a la expresada doña Manuela de la Iglesia las honras, gracias, preeminencias y exenciones que por dicho empleo le tocan, bien y cumplidamente, que así es mi voluntad..."

Clarísimo está que es a doña Manuela a quien se dedica el documento y se otorgan las honras y preeminencias, *por ser así la voluntad* del Monarca; fórmula menos extraña que la empleada por los Monarcas franceses, que en los Reales Despachos ponían *car c'est mon bon plaisir*, que se parece más al *porque me da la gana*.

Pero esta vez la voluntad de Su Majestad quedó más corta que la del Consejo Supremo, porque éste, al conceder la pensión a doña Manuela, se atuvo a la ley que concedía a los muertos frente al enemigo el ascenso superior, y por lo tanto a la madre de Bobes correspondía ser, no coronela, sino mariscala de campo, ya que el grado de brigadier era en aquellas épocas, no un empleo sino una dignidad.

Conformóse el Rey con la decisión del Consejo Supremo, y acordó que la pensión de doña Manuela fuese de 8.250 reales vellón al año, más los atrasos de las pagas, que nunca percibió su hijo; murió éste tan pobre como el último de sus lanceros; la anciana no quedaba en la miseria, porque la muerte gloriosa de su hijo amparó su vejez y la elevó de rango.

La inclusera, la pobre trabajadora de toda la vida, tenía derecho a usar en las bocamangas los áureos entorchados y a ser recibida por las guardias de plaza, cuando pasase a su inmediación, con los honores de arma al brazo y toque de llamada. Todo y muchísimo más

lo habría ella dado por conservar al hijo de sus entrañas y afanes; seguramente la viejecita prescindió de aquellas honras, preeminencias y exenciones que su hijo para ella había ganado con su gloriosa muerte.

XI

POR QUÉ FUÉ BOBES CRUEL

EL día 8 de febrero de 1814, Bolívar, desde su cuartel general de Valencia, ordenó, *por tercera vez,* que se pasa por las armas a cuantos españoles y canarios había en las cárceles de Caracas y la Guaira y a todos los que pudiera haberse a las manos. La orden se ejecutó *con voluptuoso placer* —dicen los mismos americanos—, excediéndola de modo que espantó al mismo Bolívar.

Los degüellos comenzaron el día 12 y prosiguieron sin interrupción; se sacaba en fila, por parejas, a los españoles, atados y con grillos; entre gritos, insultos, pedradas y salivazos se les conducía, llevando cada uno a cuestas la carga de leña que había de consu-

mir sus cuerpos palpitantes. Asesinos voluntarios se encargaban de cumplir la sentencia, adiestrándose en el manejo del machete o arrojando puñales y navajas o hundiéndoles el cráneo con grandes piedras.

Ebrias de placer, locas de sadismo, las señoritas patriotas, vestidas de blanco con cintas azules y amarillas, bailaban *el palito* —danza negroide— sobre los ensangrentados despojos de los mártires; la escena se repetía diariamente. Esto se realizaba en la Guaira, cuyo comandante daba cuenta puntual. Uno de sus oficios, el núm. 113, decía: "Ya no quedan más españoles y canarios que veinte enfermos en el hospital y ciento ocho criollos en las bóvedas." Al día siguiente comunicaba, en oficio núm. 126: "Hoy se han decapitado los enfermos del hospital, último resto de los comprendidos en la orden de Su Excelencia."

En Caracas las ejecuciones constituían un festejo público; los españoles, desde doce años de edad en adelante, eran sacrificados con gran algazara en cuatro lugares al mismo tiempo para que todo el pueblo patriota pudiera disfrutar del espectáculo: en la

plaza Mayor, en las de San Pablo y la Trinidad y en el Matadero público.

El 26 de febrero pudo comunicarse a Bolívar que su orden estaba cumplida; no había más españoles que matar.

En el campo los tenientes del Libertador continuaban la matanza; después de la victoria de Boyacá, Bolívar fusiló al joven general Barreiro y treinta y nueve oficiales españoles. El episodio de este fusilamiento muestra la ferocidad inaudita de los insurgentes. Formado el cuadro y el piquete ejecutor, Barreiro pide hablar con el coronel que manda la fuerza, éste acude, saluda con su sable y espera.

—Coronel Plaza, el último favor a un hombre que va a morir —saca el sentenciado del interior de su levita un medallón con un retrato de mujer, lo besa, y entregándoselo a Plaza, añade—: Era mi prometida; ruego a usted lo haga llegar a sus manos, haciéndole saber que para ella es mi último pensamiento.

—Será usted complacido, mi general; le empeño mi palabra.

Minutos después las descargas resuenan;

el general insurrecto Santander presencia sonriente la escena y canta con su séquito un himno patriótico que la música acompaña. De pronto, entre la multitud de espectadores se produce un revuelo. ¿Qué sucede? Nada. Que un *pobre diablo de español* —así lo califica el historiador que relata el suceso—, viejo, achacoso, quizá padre o hermano de alguno de los infelices oficiales despedazados por las balas, rompe la muchedumbre y grita: "¡Canallas!, ¡asesinos!, ¡miserables! ¡La posteridad os hará justicia!"

Santander lo escucha. ¿Qué es esto? A ver; que lo cojan y lo fusilen en el acto." El viejo es llevado a empujones frente al piquete y cae sobre el montón de muertos, hecha añicos la venerable cabeza; su último grito fué: "La posteridad..."

Pero se engañaba el *pobre diablo* de español; la posteridad ha convenido que los miserables, los canallas, los asesinos eran los españoles.

XII

PSICOLOGÍA INDIVIDUAL Y PROFESIONAL DEL CAUDILLO

ESTE conductor de muchedumbres, como tantos otros hombres célebres por su intervención radical en la historia de sus países, posee una especie de doble ser; en el primero se manifiesta una condición personal destacada sobre las demás de su carácter: la voluntad; y mientras ésta actúa dentro de un marco que circunscribe sus actividades al interés propio, no adquiere desarrollo ni se engrandece; pero cuando el campo de su acción se dilata, cuando tiene que alcanzar horizontes lejanos, en vez de debilitarse multiplica sus fuerzas en proporción a la cantidad de resistencias que ha de vencer. En la mecánica mo-

ral sucede lo contrario que en la física. Sin embargo, el fenómeno no se verifica más que en los hombres superiores; el hombre dotado de cualidades ordinarias o comunes encuentra siempre un límite a sus aspiraciones, más o menos próximo a su ideal, según sean más o menos eficaces sus condiciones morales e intelectuales. En ninguna profesión como en la de las armas se advierte tan claramente la gradación de capacidades; un excelente capitán de compañía puede ser un mediocre jefe de batallón y un inepto general, decreciendo sus aptitudes a medida que se ensancha la esfera de sus deberes; en cambio, quienes están dotados de excepcionales condiciones crecen en aptitud al paso que avanzan en la carrera, sucediendo que el buen capitán es mejor jefe de batallón y luego general eminente.

La voluntad, primera cualidad de los caudillos, empieza a manifestarse en Bobes desde la niñez. No hacen falta episodios ni anécdotas que la descubran; basta una deducción lógica de las circunstancias en que el huérfano comienza la vida. Su madre, atareada

en ganar la subsistencia de los suyos a fuerza de trabajo fuera del hogar, no podría, seguramente, ejercer sobre el rapaz esa vigilancia factible en las familias de posición desahogada o modesta; vigilancia a la que deben muchos hombres el haber aprendido una profesión sin el peligro de entregarse de lleno à las expansiones, que insensiblemente apartan y hacen insufrible la obligación. El pequeño Bobes, fuerte, musculoso, hecho para vivir en plena Naturaleza, sabe reprimir los impulsos de libertad, substraerse a la atracción de la vagancia por los campos y someterse al régimen de estudiante puntual y aplicado. Su voluntad le dicta prescindir de travesuras a las horas lectivas, sin que ello le prive de dar rienda suelta a sus infantiles deseos en los ratos de asueto.

Es de suponer también que sus compañeros de juegos y de vecindad no fuesen niños educados en otro ambiente que el de la calle y el puerto y la playa de San Lorenzo, de Gijón, que tanto aliciente ofrece a la chiquillería, casi anfibia, de todas las ciudades marítimas; él comparte con sus camaradas —y

lo demuestra su vigor físico— las delicias de la libertad, pero disciplina sus diversiones; no se entrega al goce indefinible de *hacer novillos*, y por eso, indudablemente, en todos los certificados de sus estudios y exámenes se lee la nota de "a satisfacción de sus profesores".

También parece lógico que la recomendación y la influencia, tan usadas siempre para alcanzar aprobaciones escolares, no estuviesen a su alcance, ya que la posición social de su humilde y pobre madre no podría proporcionarlas al joven alumno de matemáticas y náutica. Consideraciones son éstas que conducen a suponer que el futuro piloto ganase a pulso su título y adquiriese una profesión honrosa, dominando su natural de muchacho fornido y propicio a ocupaciones violentas, bien diferentes del raciocinio y calma necesarios al conocimiento de las cuatro asignaturas fundamentales de la ciencia matemática.

Es difícil inculcar a un niño la idea de que le es preciso estudiar para ser hombre de provecho; lo probable, en muchachos constituí-

dos normalmente, es que el estudio sea, por lo menos, una contrariedad; pero si no carecen de inteligencia y aprenden a dominar su instinto, acaban comprendiendo el sacrificio que se les exige, adquieren el hábito de pensar y empiezan a ejercitar su voluntad encaminada a un fin.

Esta voluntad o disciplina del espíritu forma en los caracteres superiores la directriz en que confluyen todas las cualidades subordinadas a su propósito y armónicas con él; es decir, que si las cualidades son las convenientes para una determinada actividad, surge el hombre extraordinario, que se revela a veces a sí mismo, abriendo ante sus ojos un panorama que estaba muy lejos de adivinar. El caso se da con más frecuencia en los caudillos militares cuya preparación anterior no existía o era rudimentaria; sobre todo en las épocas en que la guerra tenía más de arte que de ciencia.

El aforismo napoleónico de que cada soldado lleva en la cartuchera el bastón de mariscal, encerraba una filosofía de bastante mayor alcance que se le atribuyó refiriéndolo

exclusivamente a la bravura; hoy como ayer y mañana como hoy, el bastón se quedará en la cartuchera si las condiciones personales y la voluntad no convergen al mismo fin; ni la voluntad sola es eficaz ni las condiciones sin voluntad sirven más que para dar a una vida un fugaz momento de fulgor.

Bobes es uno de los incontables individuos que toman un rumbo equivocado y de los poquísimos que al cabo dan con el que encaja su psicología; la carrera de marino deslumbra sus ojos de adolescente que han visto el sol reflejar su fuego en las aguas agitadas del Cantábrico que le promete aventuras en países lejanos; no halla en esa profesión ajuste para sus facultades; se adapta por uno de los esfuerzos de su voluntad, pero carece de la vocación, que es el motor de los grandes hechos; la misma lucha con el mar, que por ser lucha pudiera enamorarle, no le subyuga como a tantos ilustres navegantes; es demasiado estrecho un barco para la magnitud de sus pensamientos.

Una posibilidad de hacer fortuna le tienta con el ejemplo de otros de sus paisanos es-

tablecidos en América; el comercio sedentario ofrécele un porvenir económico, y, aunque enerva su ánimo, no lo abandona al sentirse empequeñecido, porque su voluntad sabe imponerse a sus gustos; sin dejarlo, encuentra otro tráfico más en armonía con su temperamento; las largas caminatas a través de llanuras y montañas, en convivencia con los indios, hijos de la Naturaleza, ya satisface más su ansia de respirar a pulmón lleno, fuera de las estrecheces del mostrador; el ejercicio ecuestre le fascina; cae a caballo y pronto son jinete y bruto una misma pieza, cual si toda su vida se hubiese dedicado a domar potros. Plácele dormir sobre el duro suelo, a la luz de las estrellas o junto a la hoguera que espanta alimañas, y conducir inmensos rebaños entre el galopar de los pastores indios, que le obedecen y le adoran, porque el traficante ha desaparecido, iniciando la figura del capitán despreciador de ganancias, que pasan íntegras al bolsillo de los indígenas. No es el lucro lo que aficiona a Bobes a aquella existencia andariega y desconocida; es el placer de vivir una vida campera, con

gente brava y sumisa a la vez, en la que ejerce la sugestión de su superioridad como valiente, como diestro, como forzudo.

El episodio violento y brusco que despierta su fanatismo patriótico —único fanatismo laudable— y lo lanza a la guerra, le descubre inopinadamente su propia aptitud, desde el primer momento; entonces se reúnen a su voluntad el valor, la fortaleza de ánimo, la robustez física, el instinto de adivinación, la meditación del matemático para calcular distancias, tiempo, facultad de recorrido de los grupos de tropas según las circunstancias; potencia organizadora de elementos, de espionaje y de auxiliares civiles; combinaciones estratégicas y tácticas, elección de personas para los mandos, política de la guerra, estudio de la moral de sus soldados y de la ética de los enemigos; el conjunto, en fin, de dotes naturales y adquiridas, tan adecuadas a los grandes capitanes y tan distintas de las de los guerrilleros.

Los sentimientos tiernos persisten en su alma; el amor endulza las horas trágicas y en medio de los horrores de la contienda pien-

sa en la viejecita de Gijón, tiene para su anciana madre delicadezas que brotan de su corazón; pero esos mismos sentimientos de hombre bueno —no puede ser mal hombre quien es buen hijo— se hunden en lo profundo de su conciencia en cuanto se trata de responder con atrocidades a las atrocidades del adversario. La voluntad desarraiga de su alma todo síntoma de piedad; la muerte de sus semejantes le arranca una sonrisa, siempre que sean enemigos de la patria; la de sus amigos y soldados es un simple accidente, no merece la menor preocupación. Es un hombre honrado en cuanto incapaz de beneficiarse con el producto del saqueo, que organiza como una función política de castigo al adversario y como un acto del servicio, que presencia con la más indiferente impavidez; ni los gritos de espanto, ni los ayes de dolor, ni las súplicas de misericordia penetran más adentro de sus ojos claros.

¿Puede considerarse honrado un hombre que va dejando charcos de sangre bajo las herraduras de su caballo? ¿Hay una brizna de honradez en la sistematización del asesi-

nato y el robo, siquiera no se lucre con su producto?

En este punto parece complicarse un poco la psicología del tremendo astur, porque no se compaginan la honradez y la crueldad; pero a poco que se medite sobre fenómeno tan frecuente en todas las guerras civiles (y guerra civil fué la de la separación de América) se hallará una explicación sencilla de la disparidad moral del ser consciente. Desde luego, en todos los ejércitos en campaña existe una cantidad de hombres que parecen haber dado un adiós a la vida: tal es la desaparición completa de su instinto de conservación; una segunda naturaleza anula la primera sin destruir —y esto es lo más inexplicable— la doctrina moral; todos los actos de la vida siguen influyendo en su conciencia, menos los sangrientos; si de la propia vida (que todos los mortales estiman como principal objetivo) no hacen el menor caso, ¿cómo ha de preocuparles la ajena? Además, cuando se adquiere la convicción absoluta de que el terror es un medio indispensable de conseguir el triunfo de una cau-

sa, los ejecutores del propósito terrorífico lo realizan con igual tranquilidad de conciencia que un juez probo emite su condena de muerte a un criminal; la voluntad de vencer extingue todos los impulsos sentimentales y la costumbre actúa sobre el sistema nervioso, dándole una atonía, una indiferencia parecida a la de los médicos a la cabecera de los moribundos y a la de las hermanas de la caridad que murmuran sus rezos sin una lágrima ante el sufrimiento de la agonía.

Por si fuesen de poca fuerza estas razones psicológicas, las complementa otra muy humana: la venganza, la represalia, placer de dioses, según la calificaron los antiguos y la practican los modernos, por muy civilizados que sean; la represalia se ha usado más por dar satisfacción a las tropas que por saciar malos instintos del mando. En nuestra primera guerra civil se destaca un episodio terrible, demostrativo del poder de esa ley, no escrita, pero vigente en todas las guerras de la misma índole. Zumalacárregui hizo prisionero al coronel cristino Conde de Vía Manuel, joven, recién casado, valerosísimo y amigo del

mejor capitán del pretendiente. Don Tomás llevó al prisionero a su propio alojamiento y le invitó a almorzar, mientras enviaba recado a don Carlos de que pensaba indultar al preso; el almuerzo fué cordial y alegre; a los postres recibió Zumalacárregui un pliego y, leyéndolo, palideció. Don Carlos le decía que los liberales acababan de fusilar al coronel carlista Díaz y exponía a su consideración lo que pensaría la tropa si dejaba de fusilarse al Conde de Vía Manuel; éste tomó el pliego de las manos de don Tomás y, enterado, dijo, sin temblarle la voz: "No se aflija usted, mi general; mi fusilamiento está muy puesto en razón." Se abrazaron, y a los pocos minutos, Zumalacárregui corría a todo el galope de su caballo para alejarse y no oír la descarga que mató a su amigo el valentísimo coronel cristino.

Este horrendo episodio es una lección de psicología que explica la de Bobes en relación con su sistema de represalias: psicología militar de aquellos tiempos, que, por ser profesional, y aparte de la del individuo, se sobrepone al carácter, como un deber se sobrepone

a un gusto. En la ética de Bobes no entraba la obligación de matar, incendiar y saquear sino como un medio de inspirar terror, que es uno de los factores más importantes de la guerra, no por lo que influya en los enemigos, a prueba de todo en las batallas, sino por lo que deprime a las poblaciones civiles laborantes o simpatizantes, tan peligrosas o más que los combatientes, porque en ellas reside la fuente de recursos y de fuerza moral y forman lo que la ciencia moderna de la guerra llama "Retaguardia". Bobes, destruyendo esa retaguardia, quitaba a los enemigos elementos y apoyo espiritual. En su psicología de caudillo dispuesto a morir o vencer (venció y murió) encaja perfectamente la organización de la matanza, determinada por realidades incontestables: primera, contestación al reto de guerra a muerte lanzado por Bolívar; segunda, el convencimiento de que la ley jurídica era impotente para castigar traiciones y deslealtades de lesa patria; tercero, vengar la inmolación de millares de españoles sacrificados al furor de los rebeldes.

Juzgando las cosas después de los hechos

consumados, no es fácil imaginar qué género de sentimientos inspiraría en el alma de un español patriota la rebeldía de otros españoles contra España; al caudillo habría de parecerle el movimiento insurreccional el más nefando crimen; él, como marino, había aprendido que es patria todo lugar donde ondea la bandera nacional, y de la misma manera que consideraba ser España la cubierta de su barco, porque en popa lucía el pabellón español, tenía que considerar España también el continente americano y españoles sus habitantes por su idioma, por su civilización, por sus apellidos, porque nacieron y se educaron al amparo de la misma bandera. En todos los tiempos y en todos los códigos el que se alza contra su patria merece la muerte, y este concepto, tan diáfano y tan duro como un diamante, embutido a martillo en la mente de un hombre rectilíneo, todo raciocinio y acción, había de producir el juez implacable, el vengador de su patria ofendida.

Consumada la separación de América, creadas otras patrias, no puede imaginarse hoy

el efecto que debió causar en Bobes y en otros españoles ingenuos el grito de muera España, reciente la odisea de la guerra de la Independencia; no es extraño que las ideas se nublasen de sangre.

Por otra parte, siendo como fué la guerra de Venezuela una de las más cruentas que haya sufrido la Humanidad, no es lícito extremar los calificativos condenatorios dirigidos a Bobes, cuando hoy, en medio de la civilización ultramoderna y de los refinamientos humanitarios, los sabios, encerrados en sus laboratorios, estudian a conciencia, fríamente, científicamente la matanza de seres pacíficos, no al filo de la espada ni al bote de lanza, como en tiempos de Bobes, sino con aeroplanos que arrojan bombas incendiarias o gases mortíferos o microbios de enfermedades incurables.

El efecto coactivo o coaccionador, para decirlo en mejor castellano, de las matanzas ordenadas por Bobes fué infinitamente menor al calculado por los efectos de los bombardeos aéreos. En los estantes de los grandes Estados Mayores guárdanse las carpetas donde se

consigna el número de aparatos y la cantidad de materia indispensables para reducir a polvo las capitales europeas; en la técnica cientificomilitar nadie ignora que para destruir Madrid de modo que no quede en pie un solo centímetro cuadrado de edificación serían necesarios 1.400 aviones con dos toneladas de bombas cada uno; para inundarlo de hiperita, el gas mortal por excelencia, no hace falta más que 150 aeroplanos de una tonelada de ese gas que deja muerto o valetudinario al que lo respira o impregna su ropa con una gota; y para incendiarlo de extremo a extremo, con bombas de fósforo blanco, termita o electrón, 30 aviones nada más, a 1.000 kilos cada uno, son bastantes; una combinación de los tres medios, destrucción, incendio y gasificación, daría una idea muy aproximada del fin del mundo.

¿Qué psicología es la de esos hombres de ciencia que estudian y han resuelto la matanza en masa de las poblaciones inermes comparada con la de Bobes entrando a degüello en las ciudades hostiles que se negaban a rendirse? Bolívar, promotor de las atrocidades,

y Bobes, elevándolas a la enésima potencia, no hicieron más que adelantarse a los procedimientos de la guerra moderna, quedándose muy atrás en cuanto a sus resultados: herir al enemigo en los puntos neurálgicos, o sea donde el dolor de la herida es más vivo: La psicología de Bobes accionando por proyección de causas violentas, era mucho más benigna que la psicología de los sabios que en la paz de sus laboratorios, tranquilos, sin pasión de lucha, experimentan y deducen las fórmulas espantosas para matar multitudes indefensas, mujeres, ancianos, niños...

XIII

EL MECANISMO ESTRATÉGICO Y LA ÚLTIMA BATALLA

EN ninguna de las operaciones de Bobes, desde que maniobra independientemente, se produce una batalla de encuentro, uno de esos topetazos con el enemigo al que se supone en otro sitio y aparece de pronto por el frente, por un lado o por detrás de la marcha; tampoco sucede que el núcleo a sus inmediatas órdenes se halle aislado de otras fuerzas, ni ocurre nunca que sea inferior en número a las del enemigo. En todas se verifica el envolvimiento, no táctico, sino estratégico; no para el combate, sino para hacer sus consecuencias desastrosas, aplastantes, definitivas, porque esas fuerzas que se mueven a distancia tie-

nen dos objetos: influir con su lejana presencia en la moral del adversario y colocarse en los puntos de retirada de éste en situación semejante a un gran cerco.

Bobes emplea marchas de retroceso ante el enemigo que le sigue los pasos; lo lleva insensiblemente al lugar previsto, sin que se dé cuenta de que numerosas guerrillas de las que operan en consonancia con las prevenciones del caudillo van tomando posición a retaguardia y a los flancos de los batallones insurgentes; cuando calcula que la maniobra llega a realización más aproximada a ser perfecta, emprende el combate. Por muy duro que éste sea, las guerrillas no se muestran si no reciben aviso de mostrarse; después de la victoria entran en juego frescas, descansadas y hambrientas de matar, secundando la persecución de los adversarios por el núcleo principal. El enemigo, derrotado, perseguido, pero no deshecho, se retira, compacto o en trozos, y por diversos puntos; si lo primero, acosado por todas partes perderá su cohesión y será sacrificado; si lo segundo, cada trozo encontrará en su camino de retirada la guerrilla

que acecha el momento; la sorprea agota todas las resistencias, la dispersión se produce, inevitable, y acaba en fuga individual, arrojando las armas; este es el secreto de columnas completamente aniquiladas y perdiendo bagajes, banderas, artillería, ganado y material.

Los partes oficiales publicados en la *Gaceta de Madrid* de 17 de septiembre de 1814 traslucen claramente el mecanismo estratégico de las operaciones; luego de dar pormenores de tiempo, lugar y desarrollo de la batalla, añaden: "El combate ha sido extremadamente sangriento; el ejército rebelde, enteramente destrozado, se retiró en varias direcciones, pero encontró ocupadas todas las vías de retirada. En el campo de Marunio, donde los fugitivos se reunieron a tropas insurgentes que venían de Valencia, fueron atacados y destrozados por un destacamento español que les cerró el paso. Los que se dirigían a Maracay encontraron otro y sufrieron pérdidas enormes, dispersándose. Los que se corrieron hacia la Victoria fueron allí batidos por 2.000 hombres destinados al intento, per-

siguiéndolos hasta Buena Vista (cuatro leguas de Caracas) y consumándose su total destrucción. Bolívar venía con ellos y escapó a uña de caballo, refugiándose en la capital, donde publicó bando prometiendo la libertad a los esclavos que tomaran las armas, y en consecuencia del poco éxito bajó a la Guaira; se desconoce el número de bajas completo por la distancia entre los combates parciales, tanto del enemigo como nuestras, así como el de prisioneros y cantidad de material, pero ambos son importantísimos."

Por este modelo de operaciones, cuyo resultado fué la destrucción del ejército mandado en persona por Bolívar, y el levantamiento del sitio de Puerto Cabello, no es difícil establecer imaginativamente el sistema o mecanismo preferido en la estrategia de Bobes, comparándolo a un sistema planetario cuyo centro solar fuese la división Bobes y los astros las guerrillas sueltas, maniobrando de concierto para combatir los pedazos desprendidos por la derrota del enemigo. En estación, el mecanismo se parece a una extensa tela de araña dispuesta para aprisionar todo cuanto

cayese dentro de la invisible red. Mantener la ilación de los movimientos de conjunto, la armonía de las marchas y las distancias convenientes, y, por una disciplina de mandos inflexible, reprimir las impaciencias, el deseo de distinguirse y las ansias de combate de los destacamentos, representa una perfección orgánica sólo hacedera por las extraordinarias condiciones de un general.

Todas las acciones de guerra eficazmente dirigidas y victoriosas tienen un resultado directo sobre el campo de batalla y otro indirecto que repercute sobre un objetivo interesante; el éxito de que da cuenta la mencionada faceta, obró directamente al destruir el ejército de Bolívar y de modo indirecto, pero no menos importante, al levantar los insurgentes su abundante campo sitiador de Puerto Cabello cuando ya creía estar tocando con las manos el triunfo.

Bobes participa oficialmente que con una vanguardia de 600 jinetes ha entrado en la plaza y detalla la impresión que le causa: "No es decible la alegría de aquellos leales defensores que después de muchos meses de asedio,

escasos alimentos salados y agua también salada, están hinchados por la hidropesía, llagados por el escorbuto y extenuados por la disentería, aunque siempre sobre el cañón; los españoles peninsulares murieron casi todos, quedando sólo heroicos venezolanos, a quienes pertenece la mayor parte de la gloriosa defensa.

"El botín abandonado por el sitiador es enorme en armamento, municiones, pertrechos, víveres y especialmente en artillería, pues dejaron emplazadas en baterías veinte piezas de diversos calibres."

Otro general menos activo se habría tomado un descanso que bien necesitaba su herida abierta, y quizá su espíritu en constante tensión; un reposo sobre lecho de laureles tan duramente conquistado le hubiera lastimado la conciencia, hallándose sus tropas en movimiento aún; el tiempo preciso para nombrar autoridades y dictar disposiciones referentes al material cogido, y a caballo otra vez; el ejército de Bolívar no existe, es cierto; pero queda el que sitiaba a Puerto Cabello y que tiene a su frente dos generales de los más

guerreros de la insurrección: José Félix Rivas y el cumanameño Bermúdez de Castro. Puede alcanzarlos y batirlos antes de que los escapados de la última derrota se les incorporen; prefiere esperar a que se reúnan, y, sin duda, para confiarlos, las guerrillas regresan a sus zonas de operaciones. Necesita dar el golpe final, y esto no será posible hasta que todo lo que perdura del enemigo forme un núcleo que aplastar.

Por su servicio de espionaje sabe el acrecentamiento del tenaz adversario y abre de nuevo las operaciones vivas, moviendo su división y destacamentos en forma de ojeo desde la periferia de la provincia al centro del teatro de la guerra; en vez de estorbar, favorece la concentración, y cuando al fin se verifica, cuando, según todos sus cálculos y previsiones, no hallarán camino de retirada ni tendrán otra opción que la de vencer o morir, llevará a cabo la más tremenda batalla que registran los fastos de la independencia de América.

Félix Rivas, más astuto, más inteligente que Bermúdez, propone eludir el encuentro y

esquivar la presencia de su formidable adversario, buscando por entre los intervalos de las posiciones españolas un resquicio para colarse por un flanco y esperar momento más oportuno, lejos del cerco que van formando las todavía lejanas guerrillas y los destacamentos españoles mandados por Cagigal, Ceballos, Calzada y Salomón, que, saliendo de los lugares en que estaban recluídos y sitiados, se han apoderado de Guanare y cuentan con 3.000 soldados. Bermúdez, testarudo, impaciente, fogoso, no admite otro partido que el ataque a la desesperada.

Bobes ha adivinado que esto es lo que habrá de suceder, porque conoce a sus adversarios: en vez de atacar, espera el ataque. Ha elegido el terreno entre unas lagunas que le guardan un costado y un río con un único puente que defiende el otro flanco. Los insurgentes, decididos a jugarse la última carta, marchan sobre las líneas de Bobes, inmóviles. El silencio en el campo español es absoluto, imponente: milagro de la salvaje disciplina impuesta a aquellos bravísimos llaneros.

Los enemigos no se impresionan por aque-

lla actitud de muralla y aquellas posiciones ventajosas; rompen el ataque con infernal algarabía animándose con las voces de sus arrojados oficiales: la consigna es heroica: *Morir matando;* su bravura tiene el aspecto de un suicidio colectivo.

Del primer empujón desbaratan un regimiento. ¡Y qué regimiento! El mejor de Bobes; el de *Tiznados,* el en que más confianza ha puesto el caudillo. Allí acude éste a restablecer con su pujanza el equilibrio de la pelea; su caballo alazán sirve de bandera a los vacilantes que se rehacen, y, cargando a fondo, penetran en tromba irresistible por la masa. Como los flancos son inaccesibles, la lucha es un choque de frente: en vano los batallones patriotas intentan repetidas veces atravesar el puente, ya colmado de cadáveres; inútilmente la caballería de Bermúdez se mete en los pantanos hasta los pechos de los caballos: no hay posibilidad de maniobrar; sólo el aplastarse contra el muro de las tropas de Bobes. La desesperación de los insurgentes les proporciona bríos para cumplir la consigna.

Tres horas de bregar cuerpo á cuerpo. Las lanzas están rojas; las bayonetas chorrean sangre; a cada acometida de los patriotas responden los leales llevándose por delante batallones enteros.

De pronto, se divisa a lo lejos obscura línea de trazos extendida en inmensos círculos: son las guerrillas que han tomado posiciones cercanas y aguardan el momento de la retirada. Un grito —¡que nos cortan!— introduce el pánico en las filas de Rivas y se corre a las de Bermúdez, cuyos esfuerzos sobrehumanos para contener a sus jinetes son estériles; empiezan a volverse hacia atrás las cabezas, que es el síntoma inmediato de volver las espaldas; llega el instante psicológico de la batalla; suena el toque de ataque entre la infantería realista y el de degüello en la caballería. El alud se desprende de las posiciones; la embestida brutal dura poco, el enemigo se dispersa en fuga.

Pero los jefes de los regimientos prefieren morir en sus puestos a sobrevivir al último desastre. Nunca se ha visto caso igual en ninguna guerra: a pie firme, las espadas ro-

tas, los brazos cruzados, sublime el gesto esperan la muerte y la reciben con el estoicismo de mártires; los nombres de estos héroes gigantescos merecen admiración y respeto. Ni uno solo, ni uno, faltó a su juramento de no retroceder: todos lo cumplieron. Allí quedaron muertos marcando con sus despojos sangrientos el paraje más avanzado a que llegaron sus regimientos; ni un paso atrás dieron en el combate los coroneles Paz y Eusebio Castillo, hermanos; Rafael Prada, José Ramón Santos y Juan Ignacio Trujillo, y los tenientes coroneles jefes de batallón Francisco Carvajal, Pedro Salias, Santiago Quintana, Domingo Urbaneja, Miguel Ramos, Luis Rojas, Aquilino Rendón, Andrés Guijarro y Francisco Sanz: todos eligieron la gloria de morir por el honor de su bandera.

Completas, rotundas fueron la victoria y la destrucción; mas el titán de la causa española cayó muerto también en lo más rudo de la pelea: los insurgentes han perdido la última batalla; Venezuela queda libre de ellos, pero con la muerte de Bobes han ganado la independencia de su país.

XIV

DESPUÉS DE LA MUERTE

No se habían apagado en el recinto de la catedral de Caracas los ecos del órgano, ni las preces del funeral por el alma del León de Los Llanos y las músicas alegres de los regimientos de Morillo atronaban las calles de la capital de Venezuela. Venían los soldados peninsulares con los laureles frescos de la reconquista de la isla Margarita y traía su arrogante y guapo general no la espada vencedora, sino el ramo de olivo en la enguantada mano. Los vítores del pueblo caraqueño y las flores que en profusa lluvia arrojaban las bellísimas caraqueñas al paso de los soldados españoles corroboraba la opinión del jefe de ser llegada la hora del olvido y del perdón. Una de las mues-

tras que había de dar de aquella bienhechora disposición de su ánimo era la de echar tierra, mucha tierra encima del cadáver del vencedor de los insurgentes, cuya memoria no podía ser grata a los vencidos.

La primera medida del nuevo general en jefe consistió en prohibir que la *Gaceta* describiese el funeral de Bobes y la oración fúnebre en que el orador sagrado había entonado un himno al héroe y anatematizado la insurrección. Creía Morillo pacificador el sistema de suprimir cuanto lastimase el amor propio de los insurrectos y les recordase al hombre que a costa de su vida conservara entero para España el amplio territorio venezolano.

Las medidas pacificadoras se sucedieron, y casi todas las familias expatriadas por el terror al asturiano insigne regresaron a sus abandonados lares. El despacho del general se vió lleno de antiguos laborantes, atractivos, melifluos, que predecían al ingenuo militar los mayores éxitos por su política de atracción. El encanto americano, esa persuasión derivada de su trato dulce, y de las costumbres del

país, se iban metiendo en el corazón abierto del soldado francote y leal.

En cambio, los partidarios de Bobes eran fríamente recibidos, cuando no con adusto ceño: el ejército llanero, el lealísimo ejército, que había sido pedestal inconmovible de la soberanía española fué disuelto: sus oficiales, licenciados, y algunos pocos, agregados, como guías prácticos, a los Cuerpos expedicionarios, misión que no halagó ciertamente su justificado orgullo; Morales, el heredero natural de Bobes en el mando de su ejército, ascendido a brigadier, recibió el mando de un regimiento de línea para encajonarlo en la columna y con un plan nada halagador. Morales hacía insistentes y respetuosas indicaciones a su nuevo jefe acerca de los males que sobrevendrían de persistir en aquella política insensata; pero Morillo, harto de monserga, hubo de cortarla para siempre, diciendo a su subordinado: "En lo sucesivo, absténgase de darme consejos cuando no se los pida." Desde aquel punto, Morillo y Morales no se trataron más que oficialmente.

Mientras tanto, los antiguos insurgentes

conspiraban: Arizmendi, coronel y gobernador de Caracas por Bolívar, asesino de los españoles condenados a muerte, fiera insaciable de sangre y de dinero, perdonado por Morillo, con la protesta de Morales, paseaba ufano por las calles, blasonando de influencia política, al par que preparaba otro alzamiento, en combinación con las expediciones filibusteras del incansable Libertador.

El tipo del general pacificador de los espíritus no es único en Morillo. Blanco, en Filipinas, y Martínez Campos, en Cuba, son reproducciones fotográficas del héroe de Puente San Payo.

Los vaticinios de Morales tardaron poquísimo en cumplirse. Morillo, burlado, engañado, con enemigos dentro de su mismo palacio y tierra adentro, rectificó, y la horca levantó su siniestra pértiga en la plaza riente de Caracas. Ya era tarde: él mismo había dado aire a las brasas apagadas de la rebelión. Un oficial valentísimo de la caballería realista y llanera, Páez, herido en su dignidad por el licenciamiento injusto y torpe, supo recoger el malestar de los veteranos lanceros y lle-

varlo en masa a la insurrección, dando a Bolívar el elemento principal de su futura victoria.

No podía saber Morillo —hay que hacerle esa justicia— que la planta del separatismo no se extingue con nada, pero menos con mimos y halagos: o se arranca de raíz y se siembra de sal el terreno para que no renazca, o se la deja crecer y allá que se pierda la tierra. Desgraciado país el que en una parte de su suelo cae una semilla de esa planta, que un Rey borbónico estimó lícita al reconocer la independencia norteamericana, antes que ninguna otra nación europea lo hiciese. Por tirar una piedrecilla al tejado de Inglaterra, quedó nuestro inmenso tejado de vidrio a merced de una pedrea colosal.

Grande era la figura de Bobes antes de morir; luego, el fracaso de Morillo y de todos los generales españoles condenados a fracasar indefectiblemente en todos los virreinatos, capitanías y gobiernos, agiganta a Bobes hasta tocar en las nubes su cabeza. Si la mayoría de los españoles de hoy lo desconocen es porque en Venezuela y en la Península hubo un de-

cidido interés en ocultarlo. Bobes amaba la verdad, y como todos los que rinden culto a la deidad ingrata, recibió el pago acostumbrado. Los insurgentes, por el recuerdo amargo que despertaba su memoria; los españoles porque había herido intereses profundos al decretar la abolición de la esclavitud, cumpliendo la ley promulgada por las Cortes de Cádiz; los generales posteriores a él y contemporáneos, porque le envidiaban y no supieron imitarlo. Sólo sus valerosos llaneros le hubiesen sido fieles, si Morillo, en vez de despreciarlos, los hubieran atraído con una muestra de la gratitud de España.

Cegadas por la envidia, por el odio y por la ignorancia las fuentes de información, las proezas del bizarro astur permanecían ignoradas; descubierto el manantial, la corriente es abundante, cristalina y pura; hasta en esto tiene mala fortuna su memoria, porque merecía comentarista más diestro y pluma mejor templada.

XV

¡BOBES, ESPAÑA, AMÉRICA!

LA revolución imaginada por Bolívar se ceñía a separar de España el continente americano, dándole una forma republicana y confederativa, cuya iniciación fué la Gran Colombia, con sus Estados regidos por la misma Constitución e iguales leyes. La independencia de Filipinas y de las Antillas redondeaba el magno proyecto del Libertador y, probablemente lo habría intentado a no agotarse su resistencia física y disminuirse su prestigio, porque, contando con su propio genio y la ayuda de Inglaterra, no parecía empresa tan descabellada. A la independencia de Filipinas aludió muchas veces en discursos y conversaciones: era un es-

trambote que colgaba a sus sueños de gloria personal. Aquel hombre de cuerpo desmedrado, tan parecido al Napoleón de Egipto, ansiaba en sus delirios de grandeza que medio mundo, ya que no podía ser entero, le debiese la libertad y lo adorase como a un ser divino que desde el Sinaí de los Andes dictaba Constituciones a diestro y siniestro.

Las revoluciones soñadas y llevadas a buen término por el Libertador no abarcaron más que la configuración de las fronteras: el desgarro de la gran patria española se realizó sin reformar los principios políticos en su esencia, los religiosos, los sociales y las costumbres; ni siquiera la libertad de los esclavos intentó, y hasta la burocracia de la Administración española fué respetada, con todas sus rutinas y defectos.

Frente a su primera revolución, la de su patria chica, Venezuela, encontró a un hombre obscuro, pero más revolucionario que él, en sus ideas y en sus métodos: Bobes abolió la esclavitud, dando cumplimiento a una ley de las Cortes de Cádiz, votada por los diputados de las provincias españoles, incluso las

americanas; ley que llevó a la práctica en el corto tiempo que campó por sus respetos y que si tuvo corta vida debióse a que, al regresar Fernando VII de su cautiverio de Valencey declaró nulo y sin valor todo lo legislado por las Cortes.

Fué revolucionario Bobes en los sistemas de marchar, maniobrar y combatir, y así como Napoleón sorprendía a sus enemigos por el empleo de la artillería en masas, Bobes aturdía a los suyos por el manejo de grandes masas de caballería con el apoyo de batallones de infantería montada y con los despliegues estratégicos de gran radio y con las operaciones nocturnas limitadas a marchas y nunca a combatir.

Revolucionaria fué también su administración, que desligaba por completo los deberes de los funcionarios civiles y los de los militares; en cada pueblo, un regidor y un comandante militar: cada uno dedicado a no traspasar el círculo de sus atribuciones; el Ayuntamiento, soberano, como en los tiempos primitivos de la colonia; prohibidas las contribuciones de guerra en metálico; prohibida

la incautación de las riquezas de los templos; muchos quintales de oro y plata en alhajas religiosas que se rescataban de los enemigos en fuga fueron entregados, con inventario y por el contador Correa, al cabildo metropolitano. El tesoro de Mutis, la colección de estampas y dibujos, más infinidad de semillas de plantas tropicales recogidas por el sabio sacerdote y que hoy constituyen la base del Jardín Botánico madrileño, fueron rescatadas al entrar sus tropas en Caracas, pues habíalas vendido Bolívar a los ingleses y estaban en el muelle, dispuestos a embarcar, los cajones que las contenían: devueltas por el *inculto* Bobes a los anaqueles del Observatorio Museo y Escuela de Botánica, Morillo remitió el tesoro a Fernando VII, y gracias a Bobes no son ornato de algún museo de Londres. La integérrima conducta de Bobes, su agradecimiento a las personas que con sus intereses ayudaban a la causa española, su generosidad para premiar servicios, son tan incontestables que no hay ningún historiador que las niegue o desconozca, citando tan bellas cualidades como contraste con su refina-

miento cruel; ¿no es verdaderamente revolucionaria esta honradez en colonias, cuando todas las del mundo, si no enriquecen a sus administradores, los dejan muy redondeados con los emolumentos legales que proporcionan? Tan pobre estaba Bobes, que en certificado expedido por su segundo, el brigadier Morales, después de muerto el jefe, afirma que el difunto tenía un poco de metálico en poder del capitán de infantería don Pedro Casales, comandante militar de la villa de Calabozo.

Poco, efectivamente, debió ser, porque no alcanzaba a sufragar los gastos de la próxima boda del héroe, para los cuales se había dirigido a varios deudores de su época de comerciante, por si podían enviarle algún dinero.

No era el valeroso asturiano hombre imaginativo, que soñase con pasar a la Historia; limitábase a conservar para España las tierras que a España pertenecían y lo consiguió, descartando al más poderoso enemigo de la integridad patria, inutilizándole militar y políticamente en un grado tal, que los generales

supervivientes de la derrota declararon solemnemente desertor frente al enemigo a Bolívar, y los ciudadanos de Venezuela presentaron al Congreso insurgente una acusación contra el Libertador, fundada en haber mantenido a los pueblos durante los once meses de su dictadura bajo el más duro despotismo militar; en haber desacreditado la moral permitiendo enriquecerse a sus tenientes y partidarios; en desconocer los rudimentos del arte militar y haber huído delante de las fuerzas españolas abandonado el puesto, y añadían: "La sangre de tantos venezolanos, la orfandad de tantos niños y las lágrimas de tantas viudas piden el castigo de este aturdido joven."

Consecuencia de la política de Bobes y de la comparación entre la conducta administrativa y militar de los dos caudillos era este abrumador documento histórico que sólo el genio de Bolívar podía hacer olvidar y convertir los anatemas en homenajes delirantes.

No tuvo Bobes tiempo de completar su obra fecunda, inutilizada después por la medio-

cridad de sus sucesores en el mando. Habría creado una marina que limpiase de filibusteros y corsarios la costa venezolana; aun pudo ver, pocos días antes de su muerte, el primero de los barcos de su futura escuadra balancearse orgulloso de los treinta cañones de sus bandas en las aguas del puerto de la Guaira; sobre la popa y bajo la bandera de España, lucía en letras de oro su nombre: *Valiente Bobes*. El airoso bergantín era regalo del vizcaíno Iturralde, grande amigo del padre de Bolívar, y, como él, español por los cuatro costados.

Fué Bobes, sobre todos los símbolos que asumía su persona recia y dinámica, la personificación de la venganza y la respuesta audaz a la declaración de guerra a muerte. Recogido el guante, aceptado el reto, cumplió el deber que se imponía, no hasta los límites de lo humano, sino mucho más allá de lo inhumano, si es que puede haber algo más feroz que los hombres. Hablando en moralista no es permitido alabar tal proceder: a caballo, con una lanza en la mano y delante de un inmenso charco de sangre de españoles tal vez

sea menos censurable que la venganza tome cierto parecido a la justicia, porque viene a ser una justicia sin juridicidad —como se dice ahora— y, por lo tanto, más rápida, más ejemplar y más sincera.

Sesenta mil almas ponen los historiadores a la cuenta de Bobes; ya es bastante para castigar las matanzas de españoles en la Guaira, en Caracas y en los campos y ciudades de Venezuela. ¿Eficacia de este horrible procedimiento? Es triste confesar que el resultado fué favorable: la campaña en que la habilidad, la valentía y el terror obraban de consuno, dió el triunfo a Bobes, y los mismos americanos, al denostar al león llanero y maldecirlo, no le culpan a él, sino a Bolívar: "La guerra a muerte engendró a Bobes", dicen, y es verdad.

Mas si ejerció una influencia favorable al éxito de Bobes, aumentó el acervo de nuestra fama de crueles, proporcionando a la literatura perversa de los dramas tendenciosos en que el traidor es siempre español, un arsenal de latiguillos inacabable, y a los sesudos historiadores extranjeros un motivo

[illegible] mundo [illegible] hom- [illegible] de [illegible] en [illegible]

[illegible] la [illegible] la de [illegible] de-

fendían allí el dominio español; esto es falso. Naturalmente, la generalidad de los españoles lucharon por España, pero ¡eran tan pocos! ¡Y tan mal avenidos! Fueron los americanos quienes sostuvieron enhiesta y brava la bandera española. España hizo tan poco por conservar aquel inmenso paraíso, que no pudo hacer menos. Con soldados y oficiales venezolanos empezó la defensa de sus derechos y con soldados peruanos perdió la última batalla: los cuadros de mando se quedaron sin soldados peninsulares en las filas de aquellos valientes, para quienes la posteridad ha sido ingrata.

¿Qué sacrificios hizo la metrópoli? Ninguno. ¿Qué dinero gastó? Ni un peso. ¿Cuántos soldados envió? Bien pocos, habida cuenta de la inmensidad del continente. La lista de los Cuerpos expedicionarios cabe en una cuartilla de papel: Primer batallón americano de Fernando VII, batallón de Cazadores de Talavera, regimientos de Castilla, de Granada, de Extremadura, de Lobera, de la Unión, de León y de Lorca; personal para dos escuadrones de caballería, y dos baterías; una compa-

más para ponernos a los españoles como no digan dueñas.

Tergiversando épocas y episodios, establecen como dogma infalible que América se independizó a causa de nuestra legendaria crueldad y de nuestra proverbial incultura. La separación de América, con ser pérdida tan colosal, no fué para España el peor de los males: más grave ha sido para ella la difamación sistemática como justificación de la enfermedad separatista que viene padeciendo como un cáncer incurable. De ahí se dedujo el concepto de nuestra incapacidad colonial o colonizadora, basada en la avaricia de los virreyes, brutalidad de los aventureros conquistadores, orgullo de los peninsulares, martirio de los indios, orlado todo por la opresora cadena oprimiendo a los criollos, la prevaricación, la injusticia, el engaño, el dolo, la ignorancia, el atraso, y, sobre todo, la barbarie erigida en medio de gobierno, ya desde la época de la conquista.

Cuando se recuerda que en 1551 hay ya en América dos magníficas Universidades, que el primer libro impreso apareció en 1539, que en

1561 se celebró un concurso poético entre soldados y tomaron parte más de trescientos —ahora no sería difícil sacar del ejército trescientos futbolistas, pero ¡trescientos poetas!— y que uno de los premiados fué el arcabucero Bernardo de Balbuena, andando los años obispo de Puerto Rico.

Cuando se piensa que la colonia era infinitamente más feliz que la metrópoli y más atendida, y que mientras allí se creaban academias y colegios, la catedral del saber, la Universidad de Salamanca, tuvo durante treinta años sin profesor la clase de Matemáticas. Cuando se examina la legislación de América, no las leyes de Indias, tan sabias, tan acogedoras, tan protectoras de los pobres indios, sino las posteriores, que contienen infinidad de privilegios para los criollos, en cuyas manos estaba toda la riqueza agraria y urbana y toda la influencia política.

Cuando se medita sobre estas verdades se descubre el inmenso edificio de mentiras fabricado sobre el pequeño cimiento de algunos hechos vituperables, no exclusivos de Espa-

ña, comunes a todas las naciones del mundo en su manera de colonizar.

Con este fardo de calumnias sobre los hombros, España sigue apareciendo a los ojos de los americanos como una mala madre: en vano al dejar ellos libre el corazón se les abren también los brazos y la emoción nubla de lágrimas sus pupilas, y se sienten atraídos por una irresistible simpatía al regazo de la excelsa progenitora. La Historia se interpone entre la mala madre y los hijos, recordando a éstos fábulas de la escuela que tienen por verídicas. Himnos nacionales expresamente escritos contra España, llevan a sus labios estrofas de rencor. Si la raza los aproxima, la tradición de odio los aparta y aleja: sólo los americanos muy cultos están en el secreto de la Historia y ponen de acuerdo su corazón y su cerebro.

Una de las grandes equivocaciones de la historia de las guerras de América es la de consignar que los españoles eran quienes de-

fendían allí el dominio español; esto es falso. Naturalmente, la generalidad de los españoles lucharon por España, pero ¡eran tan pocos! ¡Y tan mal avenidos! Fueron los americanos quienes sostuvieron enhiesta y brava la bandera española. España hizo tan poco por conservar aquel inmenso paraíso, que no pudo hacer menos. Con soldados y oficiales venezolanos empezó la defensa de sus derechos y con soldados peruanos perdió la última batalla: los cuadros de mando se quedaron sin soldados peninsulares en las filas de aquellos valientes, para quienes la posteridad ha sido ingrata.

¿Qué sacrificios hizo la metrópoli? Ninguno. ¿Qué dinero gastó? Ni un peso. ¿Cuántos soldados envió? Bien pocos, habida cuenta de la inmensidad del continente. La lista de los Cuerpos expedicionarios cabe en una cuartilla de papel: Primer batallón americano de Fernando VII, batallón de Cazadores de Talavera, regimientos de Castilla, de Granada, de Extremadura, de Lobera, de la Unión, de León y de Lorca; personal para dos escuadrones de caballería, y dos baterías; una compa-

ñía de zapadores y algunas partidas sueltas para cubrir bajas. A veinticinco mil hombres no llegó el total de las fuerzas enviadas, incluyendo la expedición Morillo, que llevaba diez mil hombres.

Posiblemente no pudo hacer España más: primero por la guerra con los franceses, momento bien elegido por los separatistas; después por las agitaciones políticas de la Península y por la impopularidad de la guerra de América. España estaba desangrada, empobrecida, exhausta, harta de guerrear; hasta veinte regimientos y diez batallones ligeros se habían sorteado para ir embarcando después de salir de Cádiz Morillo, y ni uno pudo verificarlo.

El primer regimiento fué el de Iberia, que desde Rivallosa, al ponerse en marcha, se desertó en masa cerca de Vitoria; sus oficiales fueron presos y conducidos a Santoña; algunos de los desertores aprehendidos fueron fusilados.

Se proyectó otra expedición, que tampoco embarcó, por consecuencia del pronunciamiento de Cabezas de San Juan; Riego hizo

una jugada redonda: no ir a América y ascender de un golpe de segundo comandante a mariscal de campo; cinco empleos, un sable de honor y un himno. Esta sublevación y la de Olañeta, en sentido absolutista, en el alto Perú precipitaron los sucesos; los insurgentes comprendieron que España abandonaba la empresa, y los americanos que servían en las filas españolas fueron engrosando las del enemigo; sólo los heroicamente leales pelearon hasta el fin, sacrificándolo todo, todo, por España; y tan fieles fueron algunos, que años después de conseguida la independencia todavía se sublevaban en pro de España y sabían morir; los pastusos, aunque la historia de España no los menciona, merecen los laureles de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, porque llegaron al suicidio por no rendirse a las armas victoriosas del Libertador.

Todos los hombres no poseen el espíritu de sacrificio; consideración tan humana disculpa que en la decadencia de la causa española se pasaran al enemigo generales como La Mar y Aguilera y jefes del prestigio de Itur-

bide, Santa Cruz, Llano, Heres, Blanco, Gamarra, Herrera, La Fuente, Tristán, Alvarado, Berindoaga, Valdivieso, Medinaceli y hasta algún español, cual el coronel de Estado Mayor Plasencia; por centenares dejaban las filas españolas los oficiales americanos conforme la situación se hacía más difícil. ¿Podía pedírseles otra cosa viendo la indiferencia o la impotencia de la metrópoli?

En compensación moral a estas naturales defecciones, otros, momentos antes de Ayacucho, en la tregua que para abrazarse y despedirse convinieron los caballerosos Sucre y Canterac, rechazaron los ruegos de sus parientes y amigos de las filas americanas e hicieron prodigios de bravura en la desgraciada batalla; la Historia no conserva sus nombres; ¡ellos sí que merecen un recuerdo al soldado desconocido!

Pero ¿cómo pudo inculcarse el separatismo, el odio a España en gente de estirpe y educación tan españolas como Bolívar, Sucre, Ri-

vas, Bermúdez de Castro, Mariño, Iturbe, Brabo, San Martín y toda la brillante pléyade de insurgentes?

No hay efecto sin causa. El funesto siglo XVIII, con la desespañolización de España, entronizada por la dinastía de los Borbones, inicia la decadencia. Todo venía siendo antiespañol desde el testamento del imbécil Carlos II; todo era una guerra contra las tradiciones españolas.

España se deshacía en pedazos a partir del Tratado vergonzoso de Utrech; el ser español venía siendo algo inferior, depresivo; franceses los gobernantes, y no limpios, como la Ursinos, cuando no italianos como Alberoni, un increíble extranjerismo dominó durante un siglo. La literatura se afrancesó con Moratín e Iriarte; la pintura había muerto y sólo los destellos del genio de Goya y la destreza de Vicente López brillaban en el obscuro cielo del arte de Velázquez y del Greco; en *gay saber* y en ciencias sucedió lo que en literatura y arte pictórico: se despreciaba lo español por sistema; se acabaron los Tercios, dejando paso al Regimiento —*Regiment*—;

murió el alférez y le sucedió el subteniente —*sous-lieutenant*—; la aristocracia hablaba en francés porque era el idioma familiar de los reyes; el acento extranjero daba nota de distinción; lo español era malo y ordinario; Versalles y el Trianón, los modelos de las mansiones. Así pasó todo el siglo, y el ambiente cruzó los mares y se introdujo en las casas aristocráticas y en las cátedras universitarias y en las tertulias elegantes, despertando la curiosidad de comparar con los finos criollos los rudos emigrantes, que ya no traían, como los conquistadores, apellidos y ejecutorias de nobleza; el español de América, al principio del siglo XIX, no brillaba en las Academias, ni hacía versos, ni pronunciaba discursos, ni había leído a Voltaire, ni pensaba más que en hacer una fortuna, sin pisar un sarao, sin salir de sus tiendas, de sus bodegas, del campo, de su afán de ganar dinero.

La guerra de la Independencia española confirmó todos los juicios despectivos. Napoleón se apoderaba de España, los franceses llegaban a Cádiz; decididamente era una ver-

güenza ser español, a juicio de los americanos cultos, lectores de la *Razón Social.*

Y sobrevino la resurrección de las calumnias y las leyendas de la Inquisición, que en América, y especialmente en Venezuela, fué más benigna que un Juzgado municipal: en Venezuela instruyó, en todo el tiempo de su existencia, cuatro procesos y ninguna sentencia de muerte. Una minoría audaz, dirigida por un hombre de genio, arrastró a la masa y la separación se consumó.

"Para verdades, el tiempo", dice un refrán castellano; sin embargo, al tiempo hay que ayudarle en el descubrimiento de la verdad, en vez de, por una adulación servil, contribuir al desconcepto universal por medio de homenajes tan extravagantes como la desgraciada lápida medio escondida —sin duda de vergüenza— en un pasillo del Palacio de Museos y Biblioteca madrileño, dedicada tal vez a enseñar a la juventud estudiosa que un medio de conquistar la inmortalidad es conspi-

rar contra España y proyectar matanzas de españoles como las de Caracas.

El amor de España a sus hijos americanos tiene las ternuras de la madre, de la madre buena; ternuras más vivas, más cálidas cuanto más le hicieron llorar: así son todas las buenas madres. Por sentirse acariciada de ellos es capaz hasta de sacrificar su dignidad nacional erigiendo monumentos a quienes la maldijeron y difamaron.

Es mejor que eso, para reunir la familia, hacer a todos los hermanos comprender que no hay defecto de unos que no lo tengan los otros ni virtudes excelsas que no sean comunes a todos; pero sin desfigurar la verdad histórica ni esgrimir literaturas venenosas, ni medir con distinto rasero a todos los hermanos. En la iglesia de San José, sobre un muro del pórtico de la capital que fué de las Españas, luce una lápida de mármol conmemorativa de un español genial que arrebató a España un mundo, convirtiendo en singular el plural magnífico de su nombre.

En la iglesia de San Isidro, de Oviedo, no hay una modesta inscripción recordatoria de

que en ese templo recibió las aguas bautismales un hombre *más grande que Pizarro*, el asturiano más bravo, el español más patriota de todos los nacidos a este y al otro lado del Pajares. ¡Cosas de España!

FIN

OBRAS PUBLICADAS DE ESTA COLECCION

1. **El general Serrano, Duque de la Torre (2.ª edición)**, por el *Marqués de Villa-Urrutia.*
2. **Sor Patrocinio, la Monja de las Llagas (2.ª edición)**, por *Benjamín Jarnés.*
3. **Luis Candelas, el Bandido de Madrid (2.ª edición)**, por *Antonio Espina.*
4. **Carlos VII, Duque de Madrid (2.ª edición)**, por el *Conde de Rodezno.*
5. **Riesgo y ventura del Duque de Osuna**, por *Antonio Marichalar.*
6. **Martínez de la Rosa, político y poeta**, por *Luis de Sosa.*
7. **Sagasta, o El Político**, por el *Conde de Romanones.*
8. **Joaquín Costa, el Gran Fracasado**, por *M. Ciges Aparicio.*
9. **Méndez-Núñez, o el Honor**, por *Manuel de Mendívil.*
10. **Eugenia de Guzmán, Emperatriz de los franceses (2.ª edición)**, por el *Marqués de Villa-Urrutia.*
11. **Bolívar, el Libertador (2.ª edición)**, por *José María Salaverría.*
12. **Zumalacárregui, el Caudillo Romántico (2.ª edición)**, por *Benjamín Jarnés.*
13. **Aviraneta, o La vida de un conspirador**, por *Pío Baroja.*
14. **Salamanca, conquistador de riqueza, gran señor**, por el *Conde de Romanones.*
15. **Cánovas, el Hombre de Estado**, por el *Marqués de Lema.*
16. **Fernán Caballero, la novelista novelable**, por *Angélica Palma.*
17. **Pablo Iglesias Posse, educador de muchedumbres**, por *Juan José Morato.*
18. **Céspedes, el Padre de la Patria cubana**, por *Herminio Portell Vilá.*
19. **Fortuny, la mitad de una vida**, por *Alfonso Maseras y C. Fages de Climent.*
20. **Isabel II, Reina de España (2.ª edición)**, por *Pedro de Répide.*
21. **Iparraguirre, el último bardo**, por *José María Salaverría.*
22. **María Manuela Kirkpatrick, Condesa del Montijo, la gran dama**, por *F. de Llanos y Torriglia.*
23. **Mina el Mozo, héroe de Navarra**, por *Martín Luis Guzmán.*
24. **Don Jaime, el Príncipe caballero**, por *Francisco Melgar.*
25. **López de Ayala, o el figurón político-literario**, por *Luis de Oteyza.*
26. **Espartero, el General del pueblo**, por el *Conde de Romanones.*
27. **José de San Martín, libertador de la Argentina y de Chile, protector del Perú**, por *Eduardo García del Real.*
28. **Sarmiento, constructor de la nueva Argentina**, por *Aníbal Ponce.*
29. **Prim, el caudillo estadista**, por *Emeterio S. Santovenia.*

30. **La santa furia del Padre Castañeda**, por *Arturo Capdevila.*
31. **Juan Van Halen, el oficial aventurero** (2.ª edición), por *Pío Baroja.*
32. **Martí, el apóstol**, por *Jorge Mañach.*
33. **La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante**, por *V. Salado Alvarez.*
34. **Doña María Cristina de Habsburgo Lorena, la discreta Regente de España**, por el *Conde de Romanones.*
35. **Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico**, por *Julio Romano.*
36. **Fructuoso Rivera, el perpetuo defensor de la República Oriental**, por *Telmo Manacorda.*
37. **El cura Merino, su vida en folletín**, por *Eduardo de Ontañón.*
38. **José Artigas, protector de los pueblos libres**, por *Alberto Lasplaces.*
39. **Vida y empresas de un gran español: Maura**, por *César Silió.*
40. **Juárez, el Impasible**, por *Héctor Pérez Martínez.*
41. **Ruiz Zorrilla, el ciudadano ejemplar**, por *Pedro Gómez Chaix.*

EN PRENSA

Morelos, caudillo de la Independencia mexicana, por *Alfonso Teja Zabre.*

42. **Boves, o el León de los Llanos**, por *Luis Bermúdez de Castro.*

pedonia.
)., por Pi

de Busta-

; Regente

por Julio

a Orien-

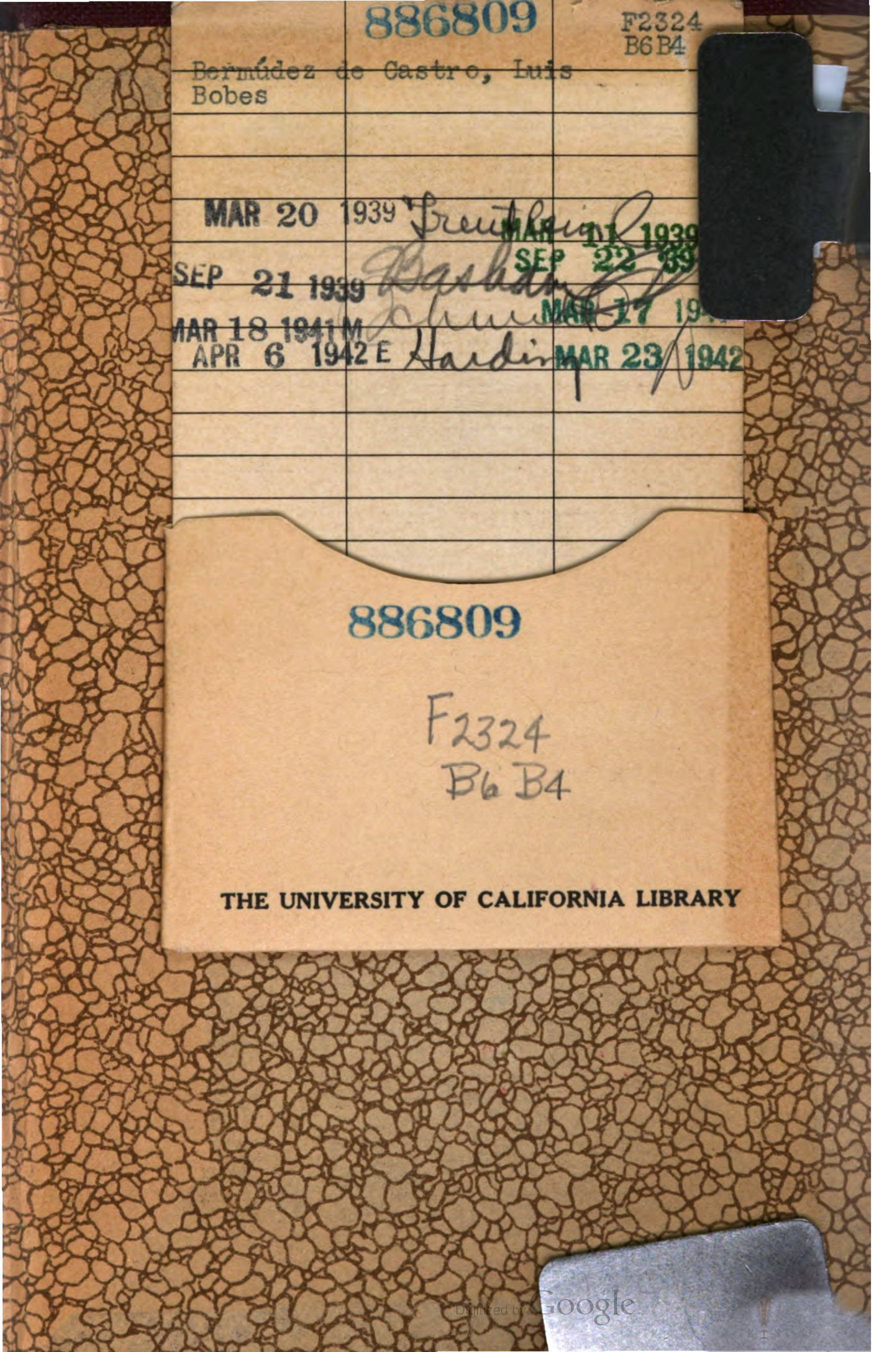
ntañón.
to Las-

Silió.

Chaix.

Tejo

tra.


886809
F2324
B6 B4
Bermúdez de Castro, Luis
Bobes
MAR 20 1939
MAR 21 1939
SEP 22 39
SEP 21 1939
MAR 18 1941
APR 6 1942
MAR 23 1942
886809
F2324
B6 B4
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google

